

Jaleo en el instituto (Una semana de infarto I)

Don Faustino se había levantado de muy buen humor. Daba comienzo una semana en la que se avecinaban interesantes expectativas. Hacía un mes –por fin– un traumatólogo de la Seguridad Social le había solicitado una resonancia magnética para diagnosticar con precisión qué demonios tenía en la rodilla izquierda. El magnífico evento iba a ocurrir el viernes. Matute le había comentado las bondades de un coche bueno, bonito y barato que acababa de entrarle en el taller y cuyo dueño deseaba vender con urgencia. Aquello era una ganga que quizás debería aprovechar pues su actual bólido, artrósico perdido, ya no podía ni con los neumáticos.

Ahora que se acercaba el final del segundo trimestre escolar ya comenzaban a aflorar en la chiquillería que soportaba su docencia algunos brotes verdes de sabiduría lingüística y educativa. Había costado lo suyo pero quien siembra con dedicación y esfuerzo casi siempre recoge los frutos deseados. Por si fuera poco, tras un fin de semana de intensa lluvia y frío, el sol lucía sonriente en un cielo azul impoluto. La semana empezaba cargada de optimismo, lo que no era habitual en el viejo profesor.

Tras un excelente desayuno en el Bar Manolo y un casi primaveral paseo camino del Instituto, Don Faustino inició su primera clase a las nueve en punto de la mañana. Llevaba empleados treinta minutos intentando despertar a sus alumnos (el lunes es un día en que muchos chavales acuden completamente adormilados) para convencerlos sobre la conveniencia de seguir determinados pasos previos a la hora de escribir cualquier texto o historia.

—La mayoría os ponéis a juntar letras sin pensar previamente sobre lo que queréis escribir.

—Pero profe –levantó la mano Martita, aunque no se sabe para qué porque inmediatamente empezó a hablar–, a mí me salen mejor las historias sin pensarlas antes. Yo soy de escritura automática.

—¿Y eso qué es? –preguntó Toni, un chaval de flequillo largo y cerebro corto.

—¿Se lo digo, profe? –Martita volvió a levantar el brazo y a hablar sin esperar la venia de don Faustino–. Es un tipo de escritura que no proviene de los estadios conscientes de la persona sino de los inconscientes.

—Pues no me he enterado de *ná...* –replicó el Toni, encogiéndose de hombros y provocando la risa generalizada de toda la clase, con lo cual acabaron por despertarse los últimos que aún permanecían en sueños–. Sí, vosotros reiros pero estáis igual que yo, no entendéis ni papa...

—Te lo diré más fácil –nuevamente tomó las riendas la joven genio del aula, mientras don Faustino asistía divertido al diálogo entre aquellos dos adolescentes tan opuestos en el plano intelectual–. Tú coges el lápiz o el bolígrafo y empiezas a escribir sin pensar ni razonar conscientemente. Vamos, como si estuvieras en sueños o de botellón. Entonces dejas que tus

pensamientos e ideas vayan fluyendo lentamente, con entera libertad. Y tal como salen de tu yo interior medio atontado los plasmas en el papel. ¡La cosa es muy fácil!

—Déjalo, Marta —el profesor quiso zanjar el asunto antes de que fuese a mayores pues la cara de Toni era todo un poema—. Tu harás toda la escritura automática que quieras y te saldrán bellas y coloristas historias, pero el resto de la tropa, incluyéndome a mí, somos gente a la que le cuesta contar cosas por escrito con lógica y precisión, así que no tenemos más remedio que seguir ciertas pautas o normas a la hora de redactar, de inventar historias. A ti tampoco te vendría mal el seguirlas de vez en cuando porque el inconsciente es muy cotilla y a veces saca al exterior cosas raras o no convenientes. Así que, recordad, zagales: antes de poner nada en el papel hay que darle al coco y pensar sobre lo que vamos o queremos escribir. Y cuando eso lo tengamos hecho, el siguiente paso será organizarlo según un esquema ya establecido desde los tiempos de Blancanieves y los siete enanitos: presentación, nudo y desenlace.

Martita hizo ademán de levantar otra vez la mano pero la mirada conciliadora de don Faustino obró el milagro de que la bajase.

—Aunque tengamos facilidad para la improvisación o para dar salida rápida al subconsciente, va de suyo este plan: primero pensar, luego secuenciar y finalmente escribir. Las personas somos seres racionales y no podemos...

No era precisamente algo racional lo que empezó a escucharse en la clase. Los gritos y alaridos provenían del pasillo. Un guirigay de voces hacía imposible adivinar qué demonios ocurría allí fuera pero aquello no presagiaba nada bueno.

—¡Te voy a matar, maestro de mierda! ¡Te voy a rajar de arriba abajo!

—¡Cállese, por favor! ¡Eso no son modales ni formas!

—¡Cuidado, tiene una navaja!

—¡Que alguien llame a la policía!

La chavalería de don Faustino se quedó atónita. El silencio dentro del aula se podía cortar como si fuera un trozo de queso. El jaleo y los gritos del pasillo llegaban ahora con mayor nitidez y fuerza.

—¡Por su culpa mi hijo está en el hospital, maldita sea!

—¡Lo de ayer sabe bien que fue un accidente!

—¡Agárralo, por el amor de dios!

—¡No puedo, Belmonte!

Recuperado de la sorpresa, don Faustino se hizo cargo de la situación. En cuestión de segundos su cerebro estuvo dudando entre permanecer dentro de la clase, resguardado en la comodidad de algo que le era ajeno, o salir al pasillo para intentar evitar algún hecho irreparable. Sólo fueron unos segundos de

duda pero hay situaciones en que uno no puede permanecer impasible, parapetado tras una puerta.

—Voy a salir a ver qué pasa. Toni, apunta en la pizarra a todo el que mueva un músculo. Vuelvo enseguida.

Cuando salió y cerró la puerta del aula tras de sí, la imagen que se encontró era más grave de lo que había imaginado. Atrapado en el fondo del pasillo, Carlos, el joven profesor de gimnasia, trataba de evitar las embestidas de un energúmeno que intentaba pincharle con una gran navaja. Cecilio y Belmonte, el jefe de estudios y el director del Instituto, hacían vanos esfuerzos por impedir la agresión. Una profesora gritaba fuera de sí mientras, con un pañuelo, intentaba taponar la hemorragia que una compañera suya, caída en el suelo, tenía en el brazo. Don Faustino se acercó por detrás a grandes zancadas pero en silencio. Aquel hombre estaba fuera de sí, enrabiado y furioso, lanzando a diestro y siniestro, sin mirar y sin miramiento alguno, sus largos brazos navaja en ristre. En uno de esos viajes rozó el pecho del profesor de gimnasia, acorralado como estaba entre la pared y aquel poseso. Cuando el agresor intentó repetir el golpe, esta vez con mayores probabilidades de éxito, don Faustino le agarró fuertemente el brazo. El hombre se revolvió, sorprendido. A don Faustino se le heló la sangre. Aquella cara descompuesta le resultaba conocida. El hombre logró soltarse y, dándose la vuelta, elevó el brazo con la navaja en dirección al viejo profesor quién, sorprendido, se bamboleaba. En ese momento Carlos, que había quedado a las espaldas del agresor, se echó encima de éste, derribándolo.

—¡Sois unos hijos de...!

No pudo acabar la frase. El joven profesor de gimnasia le aplicó un golpe certero en el cuello y dejó sin conocimiento a aquel hombre tan fuera de sí. En esos momentos llegaba corriendo el primer agente de policía. A continuación llegaron varios más. Las cuatro aulas que daban a aquel pasillo donde había estado a punto de ocurrir una tragedia seguían cerradas a cal y canto.

* * * * *

~¿Sebas?

~¿Qué pasa, María?

~Te llamo porque algo gordo ha ocurrido hace una hora en el Instituto del Sergio.

~¡No me digas que le han aprobado el control de Matemáticas que hizo el otro día!

~No me seas cretino, Sebas. Te hablo de algo gordo. Una agresión a profesores.

~¡Coño!

~Dos han sido heridos, afortunadamente de poca importancia, pero la cosa ha podido ser muy grave de no ser por la intervención de don Faustino.

~¡Qué hombre, dios mío, está en todas las salsas!

~Como tú –se le notaba que estaba de todo menos tranquila–. Belmonte, el director, me ha llamado hace un rato para informarme en plan oficial. Estaba en la comisaría poniendo la denuncia pertinente. Muchas madres, sobre todo las de los niños de la ESO, en cuanto se han oído algo, han acudido a llevarse a sus críos. El Sergio me ha llamado diciendo que lo recojamos. No, no le pasa nada. Simplemente, es un cagón. Nos ha salido rana. Le he dado largas pero insiste. ¿Te ha llamado a ti también?

~Llevo el móvil apagado. Estoy probando a fondo un coche.

~Espero que sea verdad y no te haya pillado follándote a la Susana. Llámale...

~¿Pero qué coño dices?

~Perdona, estoy muy liada y quizás ya no sé lo que me digo. Llámale inmediatamente y quedas con él para recogerle lo más pronto que puedas. O sea, ya. Llévatelo al taller contigo hasta que sea la hora de comer. Nos veremos en casa esta tarde.

~A sus órdenes, mi comandante.

~Cretino... –la concejala de Urbanismo y Deporte del Ayuntamiento de Mospintoles, madre de Sergio y esposa de Sebastián Matute, colgó sin mediar más palabra. Al Sebas le había cabreado mucho el tono imperativo de María así como su insinuación respecto a la joven periodista. Se quedó pensativo y trocó el gesto fiero por una enigmática sonrisilla.

«...Tirarme a Susana... Joder, pues no lo había pensado...».

* * * * *

—No sé donde vamos a llegar, vecino. ¿Se ha *enterao* de lo que ha *ocurrío* hace un par de horas en el Instituto Fernando Orejuela?

—Yo ya me espero cualquier cosa. Están los tiempos en que lo único que apetece es morirse...

—No fastidie, no será para tanto...

—Se lo digo yo, un optimista de los pies a la cabeza... Pero cuente, cuente...

En aquel garito tan estrecho y oscuro –su nombre era todo un presagio: “Bar Sombra”– todas las orejas allí presentes se pusieron en posición de escucha.

Ninguno de sus poseedores, gente currante en hora de café y bocadillo media mañanero, sabía nada.

—Serían las diez más o menos cuando pasaba yo por delante del Instituto y veo llegar a toda leche a dos coches de policía y una ambulancia. Se pararon en la mismísima puerta. A uno de los guardias le vi que empuñaba una pistola así de larga... —y extendiendo el brazo pareció mostrar una longitud más propia de un rifle—. Me quedé allí mirando, *escondío* detrás de un árbol cercano.

—Vecino, deje la literatura para más tarde y vaya al grano pues nos tiene en ascuas —era el camarero, quien también había pegado la oreja a la narración.

—No vi nada porque el árbol me tapaba. Sólo sé que unos cuantos minutos más tarde los polis llevaban agarraos a un hombre y una mujer. Sangraban en el pecho y el brazo, al tiempo que un hombre era sacado en camilla. El pobrecico no tenía buena pinta, no.

* * * * *

Habían transcurrido escasamente tres horas desde que ocurriera el jaleo en el Instituto y ya medio Mospintoles tenía noticias del mismo. Donde más opiniones variopintas circulaban era en el mercado de abastos, un viejo edificio del centro al que le urgía una renovación de los pies a la cabeza.

—Sí, señora. Una pareja de drogadictos, él un tío joven, musculoso, y ella algo más mayor, con pinta de señoritinga, han entrado en el Instituto y en la ventanilla han pedido todo el dinero de las actividades extraescolares. En esos momentos apareció por allí el director y empezó la fiesta. Vamos, que se armó la marimorena porque el tío llevaba un navajón tan largo como mi mano. Al final ha habido un profesor herido muy grave y dicen algunos que un par de niños han perdido el conocimiento al contemplar tan bochornoso espectáculo.

—¿Pero dónde vamos a llegar? ¡Es que ya ni siquiera están tranquilos nuestros hijos en el colegio!

—No será el suyo, señora, que lo tiene trabajando en Ciudad Real...

—Era un decir, mujer...

—El mío sí que estaba allí y en cuanto me he enterado he ido a buscarlo. Muchos padres y madres han hecho lo mismo.

—¿Y qué le ha dicho el suyo acerca de lo que ha pasado?

—Él dice que no se ha enterado de nada pero como preguntando se va a Inglaterra yo sí me he enterado de todo lo que ha pasado... Tiene usted razón, señora, ya ni en el colegio ni con los profesores de hoy día están nuestros niños seguros. Menos mal que allí estaba don Faustino. A sus años... y está hecho todo un Rambo.

* * * * *

—Discúlpeme, señor...

—Cañequé. Inspector Cañequé...

—Estoy muy nervioso. No entiendo nada. Desde ayer, cuando ocurrió el accidente, no duermo ni descanso, preocupado por la evolución del chaval. Y hoy ocurre lo del padre...

Era completamente cierto. Carlos, el joven profesor de gimnasia del Instituto Orejuela, estaba hecho un flan. No había querido recibir medicación alguna al ser reconocido médicamente en la ambulancia y ahora, en las dependencias policiales, los nervios los tenía a flor de piel. Cañequé esperó a que se tranquilizase, hablándole mientras tanto de la Liga de fútbol y de la Champions. Tras tomar una bebida refrescante que le habían traído y escuchar las disparatadas reflexiones futboleras del viejo policía, que le hicieron sonreír, Carlos se dispuso a continuar hablando sobre el asunto que le tenía allí.

—Si ya está más relajado me gustaría conocer su versión del accidente —le dijo el inspector.

—Ayer, en la clase de 4º de ESO, organicé una pequeña gincana. Una de las pruebas consistía en dar una voltereta sobre la colchoneta. Algo muy suave, para desacelerar el ritmo de los alumnos, algunos muy competitivos en este tipo de pruebas. Todo transcurría normalmente cuando Julio, uno de esos alumnos, muy fuerte físicamente y también muy indisciplinado, justo antes de llegar a la colchoneta se levantó para dar la voltereta... en el aire —a Carlos se le quebró la voz—. Al caer al suelo lo hizo de mala manera. Varias chicas de la clase, que sólo participaban como espectadoras, empezaron a gritar. Cuando acudí el chaval estaba inconsciente. Fue una imprudencia suya... Jamás debió hacer lo que repetidas veces dije que estaba prohibido. La voltereta había que darla encima de la colchoneta.

—¿Vio usted el accidente?

—No, la actividad se realizaba en todo el patio y aunque podía ver claramente todo lo que sucedía, en ese momento estaba recriminando a otro alumno por hacer tonterías en otra prueba.

—Entonces ¿cómo sabe lo que realmente ocurrió?

—Me lo dijeron las alumnas que le he citado.

—¿Y qué pasó cuando usted acudió a donde estaba el chaval?

—Me asusté enormemente. Estaba sin sentido y aquellas niñas gritando empeoraban más la situación. Les pedí que fueran en busca del director y que se llamara inmediatamente a una ambulancia.

—¿Y qué pasó después?

—Le tomé el pulso al chaval. Me tranquilizó que lo tuviese algo acelerado. No quise que nadie lo tocara. La postura indicaba que debía haberse caído de cabeza o de cuello. Podía ser una cosa grave. Cuando llegó el director ya se había llamado a la ambulancia y ésta vino en pocos minutos. El padre del chaval no estaba localizado. Me dijeron que la madre del chico murió hará cosa de unos años. Me subí a la ambulancia para acompañar al chaval hasta el hospital.

—¿Qué le dijeron allí? ¿Llegó el padre?

—Estuve hora y media hasta que un médico muy amable me dijo que el chico había recobrado el conocimiento y que las primeras pruebas detectaban, al menos, un fuerte esguince cervical. Que había sido un milagro el que no se hubiera partido el cuello pero que todavía era pronto para vaticinar un diagnóstico preciso. Debía quedarse ingresado para realizarle un exhaustivo

chequeo y para comprobar su evolución. Belmonte, el director, siempre estuvo informado por mi parte y llegó al hospital cuando pudo resolver todo el jaleo del Instituto, donde habían empezado a decirse las cosas más peregrinas y absurdas. Ya sabe... –el policía le interrumpió con gesto comprensivo.

—Sí, uno se lo cuenta a otro, éste a otro y la madeja cada vez se va haciendo más grande hasta hacer irreconocibles los hechos iniciales.

—Los médicos nos dijeron que nos fuéramos a casa, que allí ya nada pintábamos. El padre, por fin, había sido localizado y estaba de camino. Quisimos esperarle pero uno de ellos nos aconsejó que nos largáramos, que era lo más conveniente dado lo violento que había reaccionado por teléfono.

* * * * *

—Ah, por cierto, qué follón se ha *liao* en el Instituto hace unas horas, qué follón. Me cuentan que ha *habío* un muerto y *tó*...

El que hablaba lo hacía gesticulando con grandes aspavientos, como sí él mismo –en primera persona– hubiera asistido a la tragedia. Estaba en la cola de la ventanilla del Centro de Salud, esperando turno para que le dieran cita con el médico de cabecera. Era un viejecito encantador, de esos que –aburridos de tanto vivir– cuando te agarran por bandolera en una cola de lo que sea no dejan de contarte batallitas hasta que te largas con viento fresco y aire aburrido. La cosa, en este caso, merecía un poco de atención aunque su joven interlocutor creía que era una trola más de aquel simpático abuelete.

—Sí, hijo mío. El Eustaquio, mi compañero de petanca, pasaba en esos momentos por delante del Instituto y lo ha visto todo. Un alumno de los mayores ha *sacao* una navaja a don Faustino porque este le había llamado la atención. Esta juventud, hijo, que está *echá* a perder.

—Siga, siga, abuelo...

—Entonces ha *llegao* en esos momentos el señor director y le ha *largao* una bronca al mozo. Luego han *llegao* sus padres, avisados por el móvil, pues estaban por allí cerca y se ha *liao* una batalla campal entre varios profesores y ellos. Creo que el muerto es el padre y que a don Faustino se lo ha tenido que llevar una ambulancia pues estaba a punto de darle un infarto. Don Faustino, sabe, es el profesor más veterano del Instituto, y yo lo conozco mucho porque cuando estuvo hace años de concejal en el Ayuntamiento me ayudó cuando el casero estuvo a punto de echarme a la calle porque quería meter en mi piso *alquilao* a un primo suyo que había *regresao* de Francia, ¿sabe usted? Ah, Francia, Paris, la torre Eiffel... ¿Ha *estao* usted allí, mozuelo?

—No, yo sólo he estado en Soria...

—Pues yo estuve una vez por allí, cuando era un mozo de buen ver. Verá lo que me pasó un día...

El joven tuvo que tragarse el nuevo episodio del abuelete. ¡Qué remedio! Llevaba tres cuartos de hora haciendo cola y ya sólo había dos personas delante de él: un cura con sotana y el abuelo plasta. La salvación estaba cerca.

—Dios aprieta pero no ahoga... —le dijo el cura, picarón, cuando le dieron hora en la ventanilla y encaminaba sus pasos hacia la consulta.

* * * * *

—¿Cómo se encuentra, señor Remigio?

—Hasta que no cace a ese maestrucho de mierda no pararé, no me encontraré a gusto...

—No diga sandeces. Parece mentira que, en cierto modo, sea usted un representante de la autoridad. Un guardia de seguridad, creo...

—Eso no le importa a usted. Mi hijo está en este hospital desde ayer, en la Unidad de Cuidados Intensivos. Ha perdido varias veces el conocimiento. Los doctores aún no saben lo que tiene, a partir de un diagnóstico inicial demasiado alegre. Y ese profesor no puede salir de rositas de esta...

El inspector Cañequé tomaba notas en una pequeña libreta. El herido estaba tumbado en la cama hospitalaria. Portaba un collarín que le cubría todo el pescuezo y las manos las tenía esposadas.

—¿No ha pensado en ningún momento que el accidente de su hijo pudo deberse a una negligencia de éste y no del profesor?

—No es la primera vez. A principio de curso le tuvieron que enyesar por un esguince de tobillo que se hizo en la clase de gimnasia cuando jugaba a voleibol. Un deporte de maricas, me cago en diez. Se lo había dicho al tal Carlos. No quiero que mi hijo se lesione jugando a estupideces. El tipo me dijo que en su clase mandaba él y que todos los alumnos debían conocer y practicar otros deportes más allá del fútbol. ¡Será gilipollas! Julio, mi hijo, juega en el Rayo desde que era un crío. Es una gran promesa y nada ni nadie va a torcer el porvenir que le espera...

—Usted desvaría, permítame que se lo diga. Tiene fama de ultra en lo deportivo y en lo político. ¿También en lo personal? —el policía disparaba con balas y no precisamente de fogeo.

—Se está pasando de la raya, poli. Yo soy y pienso como me sale de las pelotas. Váyase. No pienso hablarle ni aún en presencia de mi abogado. Eso si no me da por mover tierra con Santiago para mandarle al infierno...

—Uy, qué miedo, Remigio... —el inspector Cañequé le hizo un corte de mangas, dióse media vuelta y fuese por donde había entrado. Aquel tipo del collarín tenía demasiados humos pero en esas cuestiones él era un auténtico maestro. Sacó un cigarro del paquete que llevaba en la chaqueta, se lo puso en la boca sin encenderlo y atravesó de tal guisa todo el hospital hasta que, ya en la calle, a la debida distancia, pudo encenderlo con enorme deleite. Había pasado del infierno a la gloria.

* * * * *

—Susana... —el jefe de redacción del programa puso cara de no haber roto un plato en su vida—. Quiero que te enteres sobre lo que ha ocurrido hoy en el Instituto. Esta noche los oyentes desearían escuchar qué es lo que realmente ha pasado.

—¿Y desde cuándo la novata del programa tiene que encargarse de asuntos tan graves? ¿Y qué pinta una noticia de sucesos en un programa deportivo?

—Eh, no te subas a la parra, muchacha. Ya sabemos que tienes buena mano con López y que tu cotización ha subido como la espuma en los últimos meses pero en “Radio Pelota” todavía soy yo quien corta el bacalao.

—Me quedan dos telediarios de estar aquí...

—Ingrata. Gracias al programa y, por supuesto, a tu buen hacer, la gente te conoce y tienes un buen futuro. Seamos sensatos, Susana. Yo ya estoy con los dos pies en la prejubilación. Tus camaradas de redacción, Nacho y Jacinto, son unos cantamañanas que nunca saldrán de pobres. Además, son mucho más feos que tú y no tienen tetas. Así que sólo tú eres capaz de enterarte de primera mano y de relatar con gran interés para la audiencia lo que hace unas horas ocurrió en el Instituto Fernando Orejuela.

Susana estaba incómoda con la intempestiva llamada del cabrón de su jefe. Quizás debía contarle a López que esa prejubilación era más necesaria que nunca. En todo caso, contaba los días en que dejaría atrás a aquel vejestorio y a sus dos inútiles colaboradores pero, mientras tanto, debía seguir tragándose la mala baba de aquel tipo. Sin embargo, que recurriera a ella para investigar asunto tan espinoso como el que se decía había ocurrido en el Instituto le agradaba por una parte pero le incomodaba por otra. Por eso objetó:

—No has contestado a mi pregunta: ¿qué demonios pinta en “Radio Pelota” un desagradable suceso tan ajeno al deporte?

—Soy un perro viejo en este oficio, querida, aunque no haya llegado muy lejos. Mira bien el cuadro. El Instituto donde estudió Piquito. El maestro que le dio clase, don Faustino. Un chaval, gran promesa del Rayo juvenil, que está en un hospital jugándose un espléndido futuro. Un profesor de educación física joven e inexperto al que se le lesionan y encabritan demasiado sus alumnos. Un tal Remigio, conocido ultra futbolero y quién sabe si de más cosas, fundador reciente de una peña del Rayo que López no quiere ver ni en pintura. Encima el tipo trabaja para López. Un inspector de policía, íntegro pero muy especial, al que más de uno quisiera ver fuera de la circulación. Sólo falta que alguien meta a todos estos personajes en el cuadro, que los retrate con inteligencia y suya será la gloria. Es un asunto ideal para una joven periodista inteligente, ambiciosa y con unas enormes ganas de comerse el mundo, y lo que sea.

—Tú lo que quieres es hundirme. Ese cuadro que me sugieres está lleno de explosivos.

—Anda, mueve el culo y desactívalos con elegancia. El culebrón debe durar al menos toda la semana.

Susana miró fijamente al cornúpeta. Dios, lo estrangularía allí mismo, pero le daría tanto asco tocar su piel... Salió del despacho de espaldas, manteniendo la mirada asesina a aquel tipo que sólo destilaba envidia cochina. Ya en el pasillo, abrió una ventana. El sol primaveral le acarició la cara. Se relajó mirando al fondo de la calle. Dudaba. No sabía si continuaba rabiosa o empezaba a estar agradecida. Quizás las dos cosas. ¿Se merecía aquel carcamal una buena torta

porque le estaba tendiendo una encerrona con aquel caso del Instituto o, precisamente por eso, quizás ella era la única preparada para enfrentarlo y salir airoso? Demostraría a López que su metedura de pata en el caso Francis había sido una imprudencia de novata. En realidad, a quien le quedaban dos telediarios en la emisora era a aquel vejstorio. Cerró la ventana y con paso firme empezó a bajar las escaleras. Sí, quizás mereciera la pena enfangarse hasta las tetas en esa rocambolesca historia paradeportiva... Por primera vez apareció una sonrisa en su carnosa boca: el puesto de jefa de la redacción de deportes lo tenía al alcance de la mano.

62

Saltan las alarmas **(Una semana de infarto II)**

Manolo bajó la puerta metálica del bar. Aún faltaban tres horas para el cierre habitual. Echó el candado y entró al edificio colindante. Tras atravesar un largo pasillo llegó a una puerta de seguridad. Desde ella accedió de nuevo al bar. Sentado en el reservado, con una caña de cerveza en una mano y una loncha de jamón en la otra, estaba don Faustino. Manolo se sentó a su lado, pasándole un brazo por el hombro.

—Ahora, a las cinco y media de la tarde es cuando estás localizado y abres el pico. Faustino, hay que pensar en los amigos del alma, coño. Esta mañana te he llamado al móvil varias veces pero como nunca lo llevas encima... También intenté conectar con el Instituto y siempre comunicaba. Conforme pasaban las horas las noticias eran más confusas y preocupantes sobre lo que había pasado en el Fernando Orejuela. Algunos hablaban de un muerto, tu nombre salía a colación en algunas versiones... En casa tampoco estabas... Menos mal que se me ha ocurrido llamar a Matute y él me ha dicho que estabas bien. Me ha contado lo que sabía, que era lo poco que su hijo Sergio le había dicho entre sollozos. Eso me tranquilizó pues supe que no te había pasado nada grave pero, compréndelo, no se tiene así a los amigos... En vilo y a punto del miocardio...

—Perdona, Manolo. No ha sido mi intención provocarte un infarto pero es que todo ha sucedido tan deprisa... El ruido cuando estaba en clase, la agresión, la policía, los primeros trámites... Charlé con algunos padres para tranquilizarles, varias reuniones urgentes en el Centro... A última hora se acercó María Reina. Yo que sé... Me han llevado en volandas como un pelele, de aquí para allá y de allá para acá.

—Y todo por culpa de un capullo que no tiene una neurona sana. El tal Remigio, ¿no?

—Sí, un viejo conocido... Un hijo de puta en toda regla. Mató a su joven esposa a disgustos. A su hijo lo tiene tan consentido que acabará convirtiéndolo en un pobre desgraciado...

—A ti, hace un par de años, te denunció a la Inspección educativa...

—Era el tutor de su hijo. Recuerdo que varias veces hablé con su mujer. Una chica estupenda. Muy guapa y enormemente tímida. La pobre tuvo la desgracia

y la torpeza de casarse con este animal –al viejo profesor se le humedecieron los ojos–. La última vez que la vi lloraba como una madalena. Me está matando... Sepárese, le dije. No puedo, no lo toleraría... Denúncielo, le volví a sugerir. Sería mucho peor, me contestó. Yo le ayudaré, y el resto de mis colegas, le dije sinceramente. Me miró aterrorizada y me suplicó que me olvidase del asunto. Estoy enferma, me está matando, don Faustino..., pero pronto todo acabará, me susurró entre sollozos –el profesor bajó la mirada–. Nunca debí hacerle caso. Tres semanas más tarde fallecía. De muerte natural... Eso dijeron los médicos. A partir de ahí empezaron los problemas con el hijo de puta.
—Olvida aquello, Faustino. La Delegación sobreseyó la denuncia.
—¡Ostras, Manolo! –el profesor se dio una palmada en la frente–. Hoy me tocaba ir a casa de Piquito a darle clase...

* * * * *

~¿Carlos?

~Dime, Belmonte.

~Te llamo para informarte que he hablado con la Inspección y con algunos jefecillos de la Delegación, todos muy preocupados, claro, por la repercusión que tendrá el asunto de esta mañana. A buenas horas mangas verdes...

~Estaba durmiendo, Director. Me he quedado frito en el sofá nada más llegar a casa. Llevo más de un día sin pegar ojo.

~Lo siento pero quieren verte mañana en la Delegación.

~¿Para qué?

~Para salvar su puto culo. Sabían perfectamente lo que ocurrió hace dos años cuando don Faustino le dio clase al hijo de ese psicópata. El viejo los puso tan a caldo que tuvieron que envainársela y trasladar al niño a otro Instituto. Y este año van los incompetentes y autorizan su vuelta. Ya me olía que volveríamos a tener problemas. Te ha pasado a ti y a su tutora pero le podría haber ocurrido a cualquiera. Los de la Delegación, como jamás reconocen un error, piensan descargar sus culpas en tus espaldas y las mías. Bueno, mucho más en las tuyas porque como ni dios quiere ser director de la cosa a mí me tienen que cuidar un poco pero a ti, un simple profesor interino...

~¿Qué debo hacer?

~Has de estar en la Delegación a las nueve de la mañana. Lleva preparada una buena estrategia de defensa porque intentarán dejarte en cueros vivos. Desean una medida ejemplar para el agresor pero también que el profesor no salga indemne del escándalo. Querrán actuar de mediadores entre tú y ese animal

para que así todo se resuelva civilizadamente, sin entrar en asuntos judiciales. Echar tierra al asunto, vamos. Nosotros retiramos la denuncia y, a cambio, los lumbreras de la Delegación se llevan de nuevo al crío a su anterior Instituto o a otro. Por supuesto, te aplicarán alguna medida disciplinaria. Quizás no te renueven la interinidad o quizás todo se limite a escribir una nota en tu expediente. En resumidas cuentas, Carlos: la has cagado por no haberte dejado pinchar un par de veces por el Remigio de las narices.

~¿Estarás tú presente?

~No me dejan. Estarás sólo ante el peligro...

~¿Y don Faustino?

~A ese no lo quieren ver ni en pintura. Lo han dado por imposible desde hace tiempo. Saben cómo se las gasta porque estuvo de concejal muchos años en el ayuntamiento y porque también fue director del Instituto otros tantos. Encima se rumorea que anda metido de nuevo en la cosa política. Así que prefieren tenerlo como amigo a enemigo. Estos tíos no son tontos. Así que ádate los machos, Carlos, porque todas las bofetadas van a querer estamparlas en el mismo carrillo...

~¡El mío!

~Además de fuerte, eres un chico listo... Buena suerte.

* * * * *

—¿Cómo fue el día, madre? ¿Cansá?

Piquito estaba aburrido como una ostra y tenía un punto de preocupación. La recuperación de su grave lesión, acaecida en el mes de diciembre, iba viento en popa y los mejores pronósticos vaticinaban que en un mes podría reaparecer. Ya había empezado a tocar balón muy suavemente y desde mediados de semana comenzaría a trabajar con él a media intensidad. Sin embargo, por precaución, todavía estaba obligado a quedarse en casa por las tardes, lo que llevaba con desagrado. Nunca había estado con tal periodo de inactividad. Los amigos que –al principio– solían visitarlo muy a menudo para hacerle compañía, habían ido espaciando las visitas, por cansancio o aburrimiento. Esto le había llevado a concluir que, amigos, lo que se dice amigos, sólo tenía un par de ellos. Todos los demás eran circunstanciales conocidos. La pequeña preocupación venía porque don Faustino no había acudido esa tarde a darle clase. Los lunes tocaba un poco de cultura general pero hoy el profesor había hecho novillos. Piquito, extrañado, le llamó en múltiples ocasiones pero siempre recibió la llamada por respuesta. La cosa pintaba extraña.

—Cuando vuelvas a jugar, voy a ser yo quien se tomará unas semanas de descanso. Estoy agotada, hijo. Y eso que hoy vengo más temprano. – Inmaculada dio un beso a Piquito y se sentó a su lado, en el sofá– ¿Cómo ha ido esa clase?

—No ha *venío* don Faustino. Es *mu* raro... Y su teléfono no da señales de vida. *Mu* raro...

—Le habrá surgido algún imprevisto. Además, ya va siendo mayor y la memoria empieza a flaquear.

—Que no, madre, que algo ha *debío* pasar.

En esos momentos sonó el móvil de Piquito. El chaval lo empuñó rápidamente. Inmaculada se fue a la cocina a beber un vaso de agua. Cuando regresó su hijo ya había finalizado la conversación.

—Don Faustino. *C'abío* un accidente en el Instituto y ha estado *súperliao* todo el día y parte de la tarde. Y que lo sentía, que mañana vendrá en lugar de hoy, a la hora habitual. Y ha *colgao*, madre. No sé, le notaba algo raro en la voz.

Entonces, Inmaculada se vio obligada a contarle a Piquito lo que sabía, lo que la ciudad entera conocía menos –a lo que se ve– su querido hijo.

* * * * *

—¿Qué piensa de todo esto, Basáñez?

—Necesitamos un poco de tiempo, López. Todo ha surgido tan de prisa...

—No hay tiempo. Tenemos que mover ficha antes de que se nos pueda caer encima todo el dominó.

—Pero ni nosotros ni el club tenemos nada que ver en este asunto...

—Peor me lo pones porque podemos pagar el pato sin comerlo ni beberlo. No teníamos bastante con lo de Francis...

—Leche, todo ha ocurrido tan rápido...

López había citado a Basáñez a las seis de la tarde. Ya conocían de buena fuente, con pelos y señales, lo que había ocurrido en el Instituto Orejuela. Aquel incidente afectaba de alguna manera al Rayo de Mospintoles.

—Recapitulemos, Basáñez. Un tipo llamado Remigio Lendínez ha entrado esta mañana en el Instituto dispuesto a llevarse por delante a la tutora y al profesor de educación física de su hijo, el cual ingresaba ayer en el hospital con lesiones aún en estudio. El chaval pertenece a los juveniles del Rayo y me dicen que puede llegar a ser otro Piquito. En cuanto al padre, trabaja como guarda de seguridad en nuestra empresa de transportes, además de ser el presidente de la peña "Aúpa-Rayo", de reciente creación. Este asunto lo tenía precisamente en cartera porque el tipo, sin pedir opinión ni permiso a nadie del club, se inventó esa peña hace algo más de un mes. Ahora mismo son cuatro gatos pero en cualquier momento pueden crecer como la espuma. No podemos permitir que haya un grupo de gente que vaya por libre usando las siglas de nuestra Sociedad Deportiva. Y todavía menos sin van de ultras por la vida.

—López, la cosa es muy simple. Ni nosotros ni el Rayo puede sentirse aludido por estas cuestiones tan colaterales... En cualquier caso, ayudamos a la recuperación del chaval llevándolo a los mejores médicos y cuando eso se haya producido se despide al padre por mala conducta. ¡Asunto concluido!

—Sí, en todo eso había pensado pero lo que urge es evitar que llegue a la opinión pública el que Remigio trabaja para mí. Ahí, justamente ahí, es donde está el problema. Es un tipo cumplidor y obediente pero cuando se le cruzan los cables...

—¡Y qué más da, López! Hasta en las mejores familias hay gente ruin y despreciable...

—Es que... Basáñez... el tal Remigio me ha hecho algunos favores en tiempos pasados y... no va a ser tan fácil deshacerse de él. Digamos que... sabe cosas que no debería ir contando por esos mundos, en plan despechado.

—¡Pues, amigo, haber empezado por ahí! Dejémosle tranquilo hasta que el hijo se recupere o hasta ver en qué queda judicialmente su execrable acto de hoy. Tenemos tiempo para pensar lo más conveniente. Mientras tanto hay que utilizar los medios que disponemos: La Tribuna, el Heraldó, la radio local...

—Sí, eso había pensado mientras te esperaba –contestó López, definitivamente convencido–. Esa periodista, Susana Crespo, sí, es la persona indicada para echarnos una mano.

—Antes de hablar conmigo, ya tenía decidido qué hacer, ¿verdad? –preguntó algo mosqueado Basáñez.

—No hasta que tú no me lo confirmases...

Basáñez frunció el gesto. Bueno, tampoco era para sorprenderse. Así actuaba siempre López. ¿Qué cosas sabría ese Remigio para poner tan a la defensiva y preocuparse al presidente?

* * * * *

—¿Cómo estaba don Faustino?

—Bien, como siempre...

—Que siga así, hay que cuidarlo por la cuenta que te trae...

—¿Ahora va a resultar que estás celoso del viejo profesor? ¡Sería el colmo, Sebas!

La concejala María Reina, próxima candidata a la alcaldía de Mospintoles, había llegado a casa antes de lo previsto. Serían las seis y cuarto de la tarde cuando hizo la entrada triunfal por el vestíbulo de su amplio y acogedor piso. Allí, despatarrado en el sofá, se encontraba su maridín comiendo palomitas de maíz mientras veía un partido en el canal del Barça TV. Sebastián Matute estaba de mal humor. Después de recoger por la mañana a su hijo Sergio en la puerta del Instituto, se había ido a casa pues el chaval estaba muy nervioso. En ese estado sólo iba a estorbar en el taller y ese día había bastante trabajo. Llegada la hora de comer y tras ver que su atareada señora no llegaba, pidió un par de pizzas. Tras el frugal comistrajó, cansado y hastiado, se puso a ver la televisión

mientras su hijo se retiraba a su cuarto a matar marcianitos. En ese estado de ánimo, la entrada de María no hizo sino romper aún más las hostilidades. La bronca entre ambos fue la mayor que nunca se había producido hasta ahora en el matrimonio. Al final de la tempestad –que duró diez minutos– hicieron las paces diplomáticamente pidiéndose mutuamente perdón. Ahora, sentados ambos en el sofá del salón, la hoguera amenazaba con encenderse de nuevo.

—No digas tonterías, María. ¿Cómo voy a estar celoso de alguien que te saca veinte años? Alguien que, además, es mi amigo... Lo que me fastidia es que te preocupes más por él que por mí.

—¿A dónde quieres ir a parar? ¿Vamos a empezar otra vez?

—Dejémoslo, María. ¿Te contó algo de lo que pasó?

—Apenas soltó prenda. Ya sabes lo reservado que es. A veces hay que sacarle las cosas con sacacorchos. Recuerda lo que me costó que formase parte de la candidatura. Le propuse ir el tercero de la lista y sólo aceptó ser el decimoquinto –María suspiró profundamente–. Se cree de otro planeta. Y quizás lo es, no te digo que no... Estaba tranquilo... que es lo importante después de lo que ocurrió. Quedó en contármelo todo más despacio cuando vuelva la calma.

—O sea, cuando ya todo el mundo se haya olvidado del asunto. ¡Tiene un morro...!

—Es discreto, cosa nada frecuente en su mundo y en el tuyo. Tampoco en el mío...

—Pues yo he oído por la radio que por poco le clavan una navaja...

—Lo impidió el profesor de gimnasia pero antes de eso fue don Faustino quien le salvó de un navajazo seguro. Él es el gran héroe de tan triste asunto. Habrá que sacarle partido...

—¿Qué quieres decir?

—Ya que ha ocurrido ese hecho tan lamentable de la agresión en el Instituto y que mi compañero de lista electoral ha mostrado –según cuentan– valentía y arrojo a raudales, ¿por qué no sacar rédito político de este hecho, cuando falta muy poco para las elecciones? Por supuesto que don Faustino se cabreará pero si en la campaña lo hacemos con inteligencia y discreción...

—Jamás podría dedicarme a la puñetera política, María. Yo sería incapaz de llegar a pensar en eso...

—Tú sólo piensas en tu Barça del alma y en tu bragueta, querido. Anda, vamos a tomar algo que esta noche sí me pillas con ganas de juerga... Te quiero, Sebas, a pesar de todos los pesares...

—Y yo también, mariquilla.

—¡Así me gusta, familia! –la voz de Sergio les pilló de sorpresa.

—¿Qué susto me has dado, hijo! –atinó a decir María.

—Tras vuestra discusión de hace un rato ya me veía con el corazón *partío*...

—Pase lo que pase en el futuro, tu madre y yo siempre estaremos contigo –a Sebastián Matute se le atragantaron sus últimas palabras. Por eso quiso quitar hierro al asunto–. A mí lo que me tiene el corazón *partío* es que tú seas del Real Madrid, niño.

—Ya se acabó la tormenta. ¡Volvemos a la normalidad cotidiana! –dijo María,

esbozando una bella y satisfecha sonrisa. Que fuera una sonrisa feliz, eso ya no estaba tan claro.

* * * * *

~¿Cómo lo llevas, monina?

Susana acababa de llegar a casa tras una jornada muy ajetreada. El encargo de Evaristo –el jefe de deportes de Radio Mospintoles–, aunque en un principio le dejó bastante confundida, más tarde fue despertándole el gusanillo de la periodista de raza que creía ser hasta el punto en que no paró ni un momento de recabar información sobre el incidente del Instituto, preguntando aquí y allá, a los unos y los otros. Tras muchas horas dedicadas al asunto, cuando estaba desnudándose para darse un baño, sonó la cada vez más insoportable voz de aquel mamón.

~Si no me llamas por mi nombre te dejaré con la palabra en la boca.

~Está bien, Susana, está bien... Son las ocho. Te recuerdo que esta noche llevarás una parte importante del programa. Todos estaremos pendientes de lo que digas y hayas averiguado. Sólo quiero saber si dispones de buena información porque el guión ya lo estamos haciendo.

~Dentro de dos horas estaré allí y te enterarás...

~Está bien. Todos confiamos en ti. ¿Has estado en el Instituto?

~Por supuesto. Y en las oficinas del Rayo, y en los juzgados y en el hospital...

~¿Sabes exactamente lo que ha ocurrido?

~Sí, con todo lujo de detalles. Una bonita historia. Hoy me limitaré a contarla. Los próximos días se irá ramificando como si de un culebrón se tratase. Es lo que querías, ¿no?

~¿Has podido hablar con López?

~Lo he intentado infinidad de veces pero no ha sido posible. ¿Por qué?

~Ya sabes..., ese Remigio, el agresor de los profesores... Trabaja para López y a nuestro presidente no le hace ninguna gracia que pueda haber habladurías por ahí... Deberías poner mucho énfasis en que el Rayo y López no tienen nada, absolutamente nada que ver con ese cafre.

~Ya soy mayorcita para saber lo que tengo que hacer. Me sigues tomando por una becaria... Que el agresor trabaje en una empresa del Presidente es algo

circunstancial y sin importancia. Lo que me indigna, y juro que no lo sabía hasta esta tarde, es que ese tipo se mueve por el Rayo como Pedro por su casa. Quizás por eso ha creado esa peña de ultras. No he confirmado si con el visto bueno de López pero todo invita a pensar que sí y eso ya pasa de castaño oscuro...

~Chica, no saques las cosas de quicio ni tengas juicios prematuros –a través del teléfono se notaba que la voz de Evaristo sonaba preocupada–. Todos sabemos lo afectada que estás, y con razón, por la agresión de que fuiste objeto hace unas semanas por un grupo de ultras deportivos pero te lo dije esta mañana. Muy clarito. López no quiere esa peña... Se ha hecho sin su autorización. Cuidado con morder la mano que te da de comer...

~¿Es una amenaza? –respondió Susana, sorprendida.

~Tómalo como quieras. Olvida lo de esa dichosa peña. A López le gusta tener todo controlado –y repitió las últimas palabras con gran énfasis–. Todo controlado. Probablemente el tal Remigio ha abusado de su confianza. ¿Está claro, monina? A las diez te quiero aquí en la emisora para ir preparando el programa. Adiós.

Fue Susana la que se quedó con la palabra en la boca. Entonces empezó a temblar levemente ¿Lo que le había dicho el dinosaurio de las ondas era el auténtico sentir de López? Y si así era, ¿por qué el presidente se lo transmitía a través de Evaristo, cuando había estado ilocalizable para ella a lo largo de todo el día? Llegó a la conclusión de que Evaristo había querido presionarla pero sin poner todas las cartas encima de la mesa. Quizás porque lo que andaba buscando es que ella diese algún paso en falso para así poder enfrentarla a López y ponerla de patitas en la calle. Debería tener cuidado, mucho cuidado con el culebrón.

Se miró al espejo contemplando cómo en su rostro aún había pequeños rastros de la paliza que había recibido hacía unas semanas. ¿Cómo iba ella a permitir que en su propia ciudad y en el mismo club para el que trabajaba se constituyese una peña de ultras tan desalmados e hijos de perra como ese Remigio, que a punto había estado de matar a don Faustino? Sí, quizás en el asunto de la peña ese tipo había actuado por libre, abusando de la confianza de López, pero seguía sin entender la postura del presi. Los temblores aumentaron. Volvió a mirarse al espejo contemplándose de cuerpo entero. Se vio bonita, espléndida, con el suficiente poderío físico y mental para enfrentarse a todo lo que se le pusiera por delante. Incluyendo a un desconcertante hombre al que todos, incluida ella misma, llamaban simplemente López.

* * * * *

En casa de Piquito se cenaba temprano. Recomendación de los doctores del Rayo y comodidad de Inmaculada. Nada más llegar del trabajo se daba una

ducha reparadora, se ponía cómoda y preparaba la cena para ella y su hijo. Algo frugal y rápido. Así le quedaba tiempo para ver un poco la televisión, charlar o entretenerse un rato con la Internet. Hoy la manduca era bien sencilla: una ensalada variada, de esas que ya se compran preparadas a falta del aliño, y una tortilla de patatas. Una comida mejor que la que ofrecen restaurantes de cinco tenedores.

—Madre, quisiera hacerle una pregunta que me ronda la cabeza desde hace tiempo.

Inma se sobresaltó aunque intentó mostrar una serenidad ficticia. Desde que se había enrollado con Metzger, al que había conocido a finales del año anterior, nunca había hablado con su hijo respecto a esa relación, a pesar de que sabía que Piquito no se chupaba el dedo en esas cosas. Pero lo iba dejando. El fornido jugador alemán del Rayo tampoco daba ningún paso adelante, de manera que la situación se mantenía a la espera, en silencio, casi clandestinamente.

—Dime, hijo, pero que no sea muy difícil la cosa.

—No, no es sobre el teutón.

—¿Qué es eso? —preguntó Inmaculada la mar de sorprendida.

—Don Faustino dice *qu'a* los alemanes también se les llama teutones. Mira que nombre más gracioso... Pero no es de ese de quien quiero *hablá*. Verá... —Piquito se paró en seco, dudando. No sabía si lo que rondaba desde hacía días su cabeza, además de la relación entre su madre y su compañero de equipo, tenía sentido o era una tontería más de las muchas que el aburrimiento le producía a diario. Qué malo era eso de ponerse a pensar por culpa de tener tanto tiempo libre—. Es que me *dao* cuenta, madre, que desde que me lesioné y es don Faustino quien viene a casa a darme las clases y no soy yo el que va a la suya, pues, eso, que parece que *sos* pongáis de acuerdo *pa'* no veros nunca...

Inmaculada miró a su hijo con ternura. Había sido un pésimo estudiante, tenía poca cultura, inferior incluso a la suya, pero era listo como el hambre.

—Eres muy buen observador, hijo... Las clases de ese hombre y todo este tiempo lesionado en que no haces más que darle a la pelota, esa que tienes encima de los hombros, te están convirtiendo en alguien muy diferente de aquel chiquillo del Instituto. Nunca te lo he dicho pero, cuando tu profe fue don Faustino, tras hablar alguna que otra vez con él en la tutoría, regresaba a casa llorando.

—Jodé, ¿y por qué? Si don Faustino...

—Porque ese hombre creía más en ti que yo. Y eso que eras un estudiante que no dabas un palo al agua.

—Lo mío, madre, era el balón. Siempre se lo dije a *usté*... ¿Y por eso lloraba? No lo entiendo...

—¿Te das cuenta? ¡Aquel profe confiaba más en ti que tu propia madre! Llegué a odiarle...

—Osti, tú... —a Piquito le salió así la expresión de sorpresa y estupor—. ¿Y por eso no quiere volver a verlo?

Inmaculada se derrumbó. De repente aquella conversación le trajo recuerdos de viejos tiempos, de cuando ella vivía en Alcorcada, la ciudad vecina. Años felices, de chica llegada del pueblo con ganas de disfrutar de la vida, libre e independiente... Buenos y malos recuerdos. No sabría decir si los que tenía de don Faustino pertenecían a los primeros o a los segundos.

—Estás equivocado, Piquito. Tu profe y yo nos apreciamos mutuamente pero desde que te fuiste del Instituto no he vuelto a verlo. Simplemente, no hemos coincidido... No seas mal pensado, hijo.

—Pues mañana viene por la tarde, aunque no le toque...

—Pediré permiso en el trabajo y llegaré a tiempo de saludarle y ofrecerle un café. Y ahora, perdóname, pero estoy muy cansada. Me voy a dormir...

Cuando Inma dio la espalda a Piquito, camino del dormitorio, unos lagrimones resbalaban por sus sonrosadas mejillas.

63

El regreso del pasado

(Una semana de infarto III)

Nueve y media de la mañana del martes. Don Faustino acude a la sala de profesores del Instituto. Allí está esperándole el inspector Cañeque con la mano extendida y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo está el viejo profesor?

—Jodido, Cañeque, bien jodido. Uno ya no está para estos trotes... En realidad uno ya no está para nada.

—Dígamelo a mí, don Faustino. El día menos pensado me disecan y me ponen de florero en la Comisaría. ¡Qué lejos quedan ya aquellos tiempos de Alcorcada!

—Cañeque, mal le van las cosas cuando tiene que remontarse a días tan lejanos...

—Qué va, sigo haciendo lo mismo de siempre: paso las horas tomando declaración a chorizos, mangantes y gentes de mal vivir.

—¡No lo dirá por mí!

—No, por dios. ¿Puedo fumar?

Don Faustino soltó una carcajada que debió oírse en dos kilómetros a la redonda.

—Se encuentra en territorio comanche, inspector. En el Instituto hay varios comandos pajinianos disfrazados de sonrosados profesores y alguna menopáusica maestra que se pasan todo el día oliendo el aire que respiran en busca de algún rastro de nicotina. Si le pillan le puede caer una denuncia que acabará con el poco prestigio que aún le queda...

—No me apetece salir a la calle con el frío que hace y necesito un pitillo como el comer. Ya es tarde para desengancharme del vicio... ¿Puedo ir al servicio de los

profesores a fumar el cigarrito?

—Vaya y échesele con cuidado, Cañequé... La policía vigila... Le espero aquí.

El inspector Cañequé era un viejo conocido de don Faustino. Sus trabajos tan dispares apenas les hacían coincidir en la vida social de Mospintoles. Sólo se veían casualmente y muy de tarde en tarde. La última vez hacía casi un año. Casi siempre mantenían el mismo ritual: acudían al Bar Manolo y disputaban una partida de ajedrez con una jarra de cerveza que pagaba quien perdía. Luego charlaban un rato sobre cualquier asunto menos uno: aquellos tiempos de Alcorcada en que, por razones poco gratas, ambos se conocieron.

El veterano policía era un tipo pintoresco: alto, delgado, con un bigote muy expresivo que casi le tapaba la boca. Su gesto más característico era asomar el labio inferior entre aquella mata de pelos grises y largos y soplar hacia arriba. Su aspecto cordial y hasta chistoso solía engañar a la gente que lo trataba, sobre todo aquella con la que se jugaba la vida. Su hijo mayor también era policía, concretamente subinspector, y hacía poco había intervenido en el triste caso de Francis, el histórico ex jugador del Rayo. Algunas personas confundían al padre con el hijo pues no es frecuente que en una Comisaría trabajen dos miembros de la misma familia. Don Faustino no conocía al hijo pero en esta ocasión habría preferido que le tomara declaración sobre el suceso ocurrido en el Instituto el día anterior en vez de hacerlo el padre.

Mientras el inspector se fumaba un pitillo clandestino en el servicio de los profesores, el viejo profesor no pudo impedir que su memoria volviera a remontarse hacia los años en que estuvo destinado en Alcorcada, la ciudad vecina a Mospintoles. Llevaba semanas martirizándose con los recuerdos de aquel tiempo tras la conversación mantenida una noche en el Asador Castilla con sus amigos Ricardo y Manolo. Un tal Melitón tenía la culpa y una estafa inmobiliaria que nunca llegó a aclararse. Fue precisamente por ese lance cuando don Faustino conoció al policía Cañequé. Al padre, claro.

»—Amigo, le han desplumado como a una gallina antes de guisarla en pepitoria. No es el primer caso que vemos por aquí. Se acabaron los tiempos de vacas gordas y nada más terminar los fastos y los enjuagues del 92 toca ahora pasarlas muy putas. Perdone que le hable así, de manera tan franca, pero para qué vamos a andarnos con paños calientes.

»—Yo también me andaré sin rodeos. ¿Cómo es posible que a plena luz del día una pandilla de mafiosos disfrazados de inmobiliaria se hayan quedado con los ahorros de varios miles de aspirantes a tener un piso y nadie sepa nada sobre su paradero? Como si se los hubiera tragado la tierra...

»—Este país, con democracia o sin ella, sigue siendo el reino del tringue y el mamoneo. Se lo dice alguien que, por su profesión, conoce muy bien el paño. Los próximos años van a ser muy duros y complicados.

Saldrán numerosos casos de corrupción originados a partir de un ciclo económico de bonanza que ya se ha ido al garete. Sí, vienen malos tiempos.

»—¿Entonces para qué vamos a perder el tiempo hablando sobre lo sucedido?

»—Cosas de mis superiores. Saben tanto que nunca se enteran de nada. Usted es profesor y funcionario. Supongo que estará acostumbrado también a este tipo de jefes. Me han ordenado hacer el paripé entrevistando a algunas de las víctimas de esta estafa para luego dedicarnos a cosas mucho más importantes. Me sincero con usted porque, al fin y al cabo, trabajamos para los mismos caimanes...

»—Señor Cañeque, está usted más quemado que el palo de un churrero...

»—Me sobrevalora, profesor. Sólo soy un cínico, deslenguado y pobre policía que ve cómo en las alturas y en las cloacas se lo están llevando calentito mientras que gente como usted o yo las pasamos canutas todos los días por intentar hacer un trabajo honrado.

Aquel fragmento de conversación siempre acudía a la memoria de don Faustino en los momentos más complicados o frustrantes, aportándole la fuerza que necesitaba para superarlos. Sí, Cañeque era un poli serio y cabal que siempre se ponía en la piel de los más débiles, aunque para ello tuviese que bordear la propia ley o mostrar una actitud histriónica que sus superiores censuraban ostensiblemente. Ahí llegaba de nuevo, resoplando contento porque se había saltado la ley sin haber hecho daño a nadie. Como un niño.

* * * * *

—¿Y me ha dicho que viene de parte del señor López?

Aquel minúsculo hombrecillo, cuyo abrigo abultaba más que él mismo, asintió con la cabeza.

—Señor Remigio, López se ha interesado desde el primer momento por el estado de salud de su hijo y desea hacerle llegar a través de mi persona que está dispuesto a pagar toda la atención sanitaria y los gastos consiguientes que precise Julio. Lo hará porque es usted un empleado ejemplar y porque su hijo merece llegar a ser una figura del Rayo.

—Sabe el presidente que siempre he estado a su disposición, desde hace muchos años, y que mi interés es seguir en esa actitud.

—Me ha dado este sobre cerrado para usted. Ábralo con cuidado para no romper lo que hay dentro. Le pide que mantenga un prudente silencio hasta tanto se aclare la situación. Permanezca alejado de los focos, por favor. Hay personas que quisieran ver al señor López y al Rayo hundidos en la miseria y van a intentar aprovechar su incidente de ayer para desprestigiar al club y al presidente.

—Lo del Instituto es un asunto exclusivamente mío.

—Lo sabemos, Remigio, pero comprenda que su intento de agresión con una navaja a varios profesores del Instituto ha creado una gran alarma social. En las primeras horas los rumores se han disparado y ya hay gente diciendo que usted trabaja para el Rayo y que ha creado una peña ultra con el consentimiento de López. Todos esos rumores, no del todo ciertos, son muy contraproducentes para los intereses del equipo, de la directiva, del presidente y de la misma ciudad.

—Como le pase algo a mi hijo o no logre recuperarse, ni López ni nadie van a impedir que yo me cargue a ese niñato de mierda disfrazado de profesor. Dígaselo muy clarito al presi. Él me conoce muy bien y sabe que lo que prometo lo cumplo.

—Esto que me está diciendo no le va a gustar nada.

—Me importa un carajo, correveidile. López sabe que conmigo no se juega. Llevo muchos años a su servicio como para que aún no conozca de qué pie cojeo.

* * * * *

La reunión había sido una perfecta encerrona. Carlos, el profesor de gimnasia, había acudido puntualmente a la sede de la Consejería de Educación (situada en Madrid capital) en donde estaba citado para tratar sobre lo ocurrido el día anterior. Fue preparado para lo peor tras el aviso de su director Belmonte, pero la realidad había superado todas las previsiones. Iba pensando ahora en ello cuando se le acercó una chica joven, de cara redonda y pelo corto y negro, un poco rizado. Era mulata y tenía una figura esbelta y proporcionada.

—¡Don Carlos Marfil, perdóneme, desearía hablar con usted! ¿Puede concederme unos minutos?

El joven profesor levantó los ojos. Mostrándole una dentadura blanca y perfecta que contrastaba con el tono canela de su piel, aquella chica tan agraciada le pareció casi llovida del cielo tras la endemoniada reunión que acababa de tener.

—Me llamo Susana Crespo y trabajo para Radio Mospintoles y varios medios escritos.

Minutos más tarde el profesor y la periodista estaban sentados en una apartada y discreta mesa de una cafetería cercana. Durante un par de horas los dos jóvenes estuvieron hablando sobre la agresión en el instituto y sus consecuencias.

—No conocía a ese padre. Nunca vino a hablar conmigo. Sí sé que Julio, su hijo, juega en los juveniles del Rayo. Él mismo me lo dijo en el primer minuto del primer día de clase. No sé si era por orgullo personal o para darme a entender que debía tener cuidado con él. Quizás en el Rayo deberían preocuparse de estas cosas y educar a sus futuras promesas no sólo en el manejo del balón sino también en ser mejores personas. Este chaval es un indisciplinado que nunca me ha hecho caso en clase.

—Es posible que en el Rayo actúe, en cambio, con total disciplina...

—sugirió Susana.

—¿Tú crees que este chico tiene una doble personalidad?

—No sé, quizás su propio padre, un forfo al que podríamos calificar de ultra, le ha comido el coco conque su futuro es ser una gran figura del balón y todo lo demás le importa un pimiento.

—El pimiento y el marrón es lo que ahora me estoy comiendo yo, que sin quererlo ni beberlo tengo de uñas al servicio de Inspección. En el Instituto mi nombre va a ir de corrillo en corrillo hasta que a final de curso me largue y a ese descerebrado padre veremos a ver si no le da por volver a intentarlo.

—Si el chaval recibe el alta del hospital y no le quedan secuelas que impidan ser el futuro as del Rayo, y lo que venga después, todo quedará en el olvido.

—¿Y si no?

—Tal como se las gasta ese Remigio, me temo que, tarde o temprano, serás hombre muerto.

* * * * *

Al abrir la puerta la algarabía derivó en un silencio espeso, incómodo, casi sepulcral. Sólo lo rompía el suave chasquido que producían los zapatos de don Faustino al acercarse hacia su mesa. No quiso mirar hacia ningún alumno en particular. Cuando estuvo a la altura adecuada en que ya podía divisar de frente a toda la clase, se quitó la chaqueta, la colocó muy despacio, casi nerviosamente, en el espaldar de la silla y se sentó. Notó que le flaqueaban las piernas. Aquellos mocosos tenían la culpa. Los mismos a los que daba clase, unas veinticuatro horas antes, cuando se produjo aquel incidente tan serio en el pasillo. No era cosa de empezar diciendo que abrieran el libro por la página setenta y ocho, así que carraspeó y dijo:

—A veces la realidad se convierte en una película. Eso ocurrió ayer a una hora parecida a esta cuando os decía muy serio que las personas somos seres racionales, sin darme cuenta de que justo en ese momento, ahí afuera, en el pasillo, alguien se dejaba arrastrar por la ira, el odio y la irracionalidad. Ese alguien nos asustó a todos y ya visteis que me dio por salir a intentar poner paz. No me arrepiento —volvió a carraspear pero esta vez justificadamente pues tenía seca la garganta—. ¿Tenéis alguna pregunta de gran interés colectivo? Os ruego que la penséis un poco antes de que salga de vuestras bocas. Ya sabéis que el tema fue y es muy delicado.

Pasó un largo y tenso minuto. Nadie se atrevía a levantar la mano pero había preguntas en aquellas mentes adolescentes. ¡Vaya si las había!

—Martita —rompió el hielo don Faustino—, no te muerdas la lengua y pregunta. Seguro que tienes alguna cuestión muy interesante que plantearme.

—Más que una pregunta, profe, es una gran duda. ¿Merece la pena intervenir en los problemas ajenos metiéndose por medio para solucionarlos o, al menos, para intentar ayudar?

Al viejo profesor se le puso la piel de gallina, como le había ocurrido otras veces cuando Marta, la niña prodigio de la clase, decía o escribía cosas impropias de su joven edad. La saliva regresó a su garganta.

—Tenemos la obligación moral de intervenir en esos problemas cuando por culpa de ellos alguien inocente puede salir malparado. Cuando un hombre está maltratando a una pobre mujer. Cuando un joven se ríe o golpea a un viejecito. Cuando amigos nuestros discuten o se enfrentan...

—Pero, profe, —dijo Rafa, interrumpiendo— a veces el que se mete por medio, aunque sea para bien, es el que al final sale cobrando... A mí me pasó el otro día cuando quise separar a dos chicos de 2º B. Por poco me atizan luego los dos...

—Ese es el riesgo. A veces hasta no es oportuno meterse en medio. Quizás fue tu caso. Quizás esos dos chicos estaban peleándose de igual a igual. Quizás lo mejor era que siguieran zurrándose hasta que llegase a separarlos algún profesor. Yo hablaba de cuando alguien abusa sobre otro, de cuando hay una manifiesta inferioridad de una persona respecto a otra, sea físicamente, o por edad, o por posición social...

—Mucha violencia es lo que hay, mucha —saltó sin respetar turno Margarita, la flor de la clase.

—¡Un diez! —respondió rápidamente don Faustino, señalándola con el dedo, evitando así que la chica se enrollase y se perdiera en un jardín.

—¿Un diez le va a poner por decir esa obviedad, profe? —respondió rauda Martita.

—Chica, no todos los dieces van a ser para ti —saltó como gacela en celo Natalia, la ingeniosa—. Deja alguno para los demás, ¿no?

Don Faustino decidió aprovechar el guirigay que se montó a continuación por lo que se cruzó de brazos y dejó que aquellos zangolotinos dieran rienda suelta a lo que pensaban. Sólo se puso como condición cortar de raíz toda intervención ofensiva, pesada o que no viniera al caso. No tardó mucho porque pronto empezaron a asomar las envidias y rencillas naturales que hay en todo colectivo obligado a convivir en un mismo espacio durante horas y horas, semanas y semanas.

* * * * *

—¿Cuánto tiempo me van a tener aquí encerrado?

Remigio estaba que mordía. El mal humor que le había dejado el emisario de López a primera hora de la mañana, incluido el sobre conteniendo algunos miles de euros, como si aquello fuese un pequeño finiquito, se había acrecentado con el paso de las horas pues él se notaba perfectamente bien de salud y, sin embargo, aún le tenían en aquella habitación del hospital. Eran las dos de la tarde cuando entraron dos personas con bata blanca.

—Tenga la comida, señor.

El manotazo a la bandeja la elevó hasta el techo. Mientras, atónitos, el médico y la auxiliar permanecían petrificados, Remigio saltó de la cama perfectamente vestido y se encaminó hacia la puerta. Dando un empujón al doctor, que intentó interponerse en su camino, la abrió y salió a todo correr.

—¡Hijo de Satanás! ¿Lo ha visto, doctor?

—Tranquilícese, mujer. No llegará muy lejos...

No pasó ni un minuto.

—¿Se puede, doctor Ramírez?

—Adelante, inspector...

Entonces asomó el careto por entre la puerta. Sonreía de oreja a oreja.

Lentamente entró en la habitación llevando a Remigio esposado. La aventura del recién evadido había sido muy breve.

—El enfermo ya está de vuelta. Sólo quería tomar un poco de aire fresco pero le ha sentado fatal así que, para no oír sus quejas, le he tenido que tapar la boca.

—Ha sido horrible, comisario... —dijo la auxiliar, casi entre sollozos.

—No me suba de categoría, señorita, o señora, o viuda. En fin, que este caballero se cree que todo el monte es orégano y que la policía es tonta. ¡Siéntate ahí, capullo!

El inspector Cañequé pidió al médico que le informase sobre el estado actual de salud del fugitivo frustrado mientras daba golpecitos en la espalda a la dama que, toda sofocada, ardía de los pies a la cabeza.

—Vaya en busca de una limpiadora, Virtudes. Muchas gracias y siento lo que ha ocurrido. —dijo Ramírez, paternal.

—Lo mismo digo —añadió Cañequé.

—A este señor le vamos a dar el alta médica dentro de una hora, en cuanto se cumplimenten todos los trámites habituales del caso.

—O sea que... —y se sopló varias veces el bigote gris, dirigiendo la mirada hacia Remigio— el caballero ya está listo para pasar a dependencias policiales donde esperamos que nos cuente qué hacía ayer intentando empitonar a varios profesores del Fernando Orejuela. Seguro que lo hizo por amor a su hijo. Me encantan los buenos sentimientos. Desde que me enteré no he dejado de llorar por la emoción...

—Esta es una copia del alta, fechada para las tres de la tarde de hoy. Ya falta menos de una hora para que sea efectiva.

—No se preocupe. Pondremos en marcha el operativo consiguiente y el tipo abandonará este santo lugar a las tres en punto camino de la comisaría. Luego, tras prestar declaración, pasará a disposición judicial. Lo que pase de ahí en adelante no lo sabe nadie más que el juez, aunque lo habitual es que le deje salir por donde llegó. Ya sabe lo que se dice de la justicia: ciega, sorda y muda... Y muchos jugándonos el pescuezo por esa tonta. Es cojonudo...

El médico salió de la habitación tras estrechar la mano de Cañequé y dirigir un educado saludo a Remigio, quien mostraba un estado de ira contenida. Gracias al pañuelo que le tapaba la boca los enfermos de las habitaciones colindantes podían seguir durmiendo la siesta en paz.

—Eres un hijo de puta, Remigio. Lo primero que tendrías que hacer es besar los pies de quienes intentan domar a ese potrillo salvaje que tienes por hijo aunque yo creo que no es mal chico, sólo que lo tienes muy mal criado. Es probable que lo del Instituto quede en una multa que pagará tu jefe, el señorito López, por la cuenta que le trae pero en Mospintoles unos cuantos conocemos tus andanzas, que ya vienen de largo así que o cambias de comportamiento –si tienes *güevos*, que no los tienes– o la próxima vez no te va a dar tiempo de llegar vivo al hospital o a la comisaría.

Remigio pataleaba y hacía todos los aspavientos que podía.

—Tienes muy mal carácter, capullo. Por el bien de tu hijo deberías estar siempre muy lejos de él. Si sigues dándole estas bellas lecciones de amor paterno no va a pasar de ser un simple recogepelotas del Rayo. Sin su madre, a la que tú maltrataste y llevaste al otro barrio a fuerza de berrinches y palizas, tu hijo está sentenciado como siga a tu vera. A este paso también te lo vas a cargar – Cañequé se acercó aún más a Remigio y le miró muy fijamente a los ojos–. Por ahora dejaremos de vernos, capullito de alhelí. Te traspaso a otros que mandan más que yo aunque no me olvido de ti porque me tendrás vigilante, atento a que gentuza como tú haga el menor daño posible a gente inocente como esos profesores o tu propio hijo. Quizás la próxima vez me ahorre este pequeño discursito y vaya directo al grano purulento. No sé si me entiendes. Vendré a por ti dentro de media hora y empezará la operación traspaso. Buena suerte, cacho animal...

* * * * *

La entrevista con el joven profesor de gimnasia le aclaró algunas cosas pero también le había dejado varias dudas. ¿Era tan necia la Administración educativa como para abandonar a la intemperie a un profesor agredido? ¿Le mentía Carlos al referirle que esa mañana altos dirigentes de la Inspección le habían amenazado sibilinamente con represalias si no se avenía a razones y retiraba la denuncia? ¿Al informarle de ello la estaba autorizando a que lo contara al público, pese al evidente riesgo laboral que eso podría acarrearle? ¿Era sincero cuando le manifestó que el ejercicio de la profesión de docente le había decepcionado?

Susana intentó ponerse en contacto con alguien importante de la Delegación pero nadie quiso dar la cara y hablar con ella. Ahora, estaba de vuelta en Mospintoles e intentaba localizar a López. Tenía una espinita clavada con el presidente del Rayo y protector suyo, creía.

Tras la muy desagradable charla con Evaristo, una cruel pregunta le martilleaba el cerebro: ¿estaba siendo utilizada por López? Y, de ser cierto, ¿qué actitud debía tomar? No estaba dispuesta a hacerse la estrecha si con ello perdía la oportunidad de trabajar, de coger experiencia y de hacerse un hueco en el mundillo periodístico pero tampoco quería perder totalmente su independencia profesional y la dignidad personal. No se quedaría en la estacada por culpa de no saber tragar con lo que le echasen, pues siempre habría alguien dispuesto a sustituirla, pero tampoco era cosa de convertirse en una marioneta en manos ajenas con el riesgo evidente de que cualquier día la dejaran abandonada y rota en cualquier esquina. Llegó a la conclusión de que ser periodista era algo mucho más complicado de lo que había estudiado en la Facultad. ¡Y eso que casi siempre informaba sobre asuntos tan banales como los deportivos!

Entró en las oficinas del Rayo con la esperanza de que López estuviera allí. Las llamadas a su móvil no daban señal. Subió las escaleras convencida de que había tenido suerte. Uno de sus coches estaba aparcado en el recinto privado. Justo cuando abrió la puerta para entrar salía López junto a Basáñez.

—Me gustaría hablar con usted, presidente —dijo Susana con una sincera sonrisa.

—Eres una excelente perra de presa. No has parado hasta encontrarme...

A Susana se le heló la sonrisa. Miró a Basáñez y éste le levantó una ceja como queriendo decirle: López es así, desconcertante y enigmático. Yo también estoy acostumbrado...

—Lo siento —atinó a responder Susana—, discúlpeme si llego en mal momento.

—Nunca es mal momento, sólo que deberías entender que si no me pongo al teléfono es porque tengo cosas mucho más importantes que hacer o porque no hay nada importante que decir.

—Estoy investigando el caso de la agresión en el Instituto y... —López la interrumpió.

—No quieres que ocurra como con el caso Francis, en que nos dejaste con el culo al aire creyendo hacernos un favor, ¿es así?

Susana asintió con la cabeza. López le puso la mano en el hombro y dijo a Basáñez:

—No hagamos esperar a nuestros invitados. Dígales que en diez minutos me reúno con ellos.

El fiel escudero de López ya se lo esperaba, así que no dijo ni palabra. Saludó a sus acompañantes con un gesto que quiso ser de complicidad y bajó las escaleras blandiendo las llaves del Audi mientras pensaba para sus adentros: no me mientas, pillín, no creo que echar un polvo te lleve sólo diez minutos.

Una vez dentro del despacho de López, la situación se volvió más tensa de lo que Susana esperaba, a pesar de que los dos estaban solos.

—Escúchame, Susana. Confío en ti y sé que todo lo que publicas sobre el Rayo

es veraz y sensato, pero eres impetuosa y te falta un poco de experiencia así que sólo te pido dos cosas: que me mantengas al margen de las informaciones salvo que yo te lo autorice expresamente y que todo lo que digas o escribas sobre nuestro club lo contrastes antes con alguien de confianza de la casa.

—Es eso lo que estoy intentando hacer desde ayer llamándote insistentemente por teléfono.

—Olvídate de mi móvil y del correo electrónico. Soy yo quien se pondrá siempre en contacto contigo.

Susana respondió a López que así lo haría y, notándolo más relajado, quiso plantearle lo que llevaba dando vueltas en su cabeza durante las últimas horas del lunes y las de hoy martes.

—Te agradezco enormemente la confianza que has depositado en mí y espero no defraudarte. Me gustaría saber tu opinión acerca de ese Remigio que ayer intentó agredir a los profesores. La gente dice que trabaja de guardia de seguridad en tu empresa de transportes. ¿Lo conoces?

—Sentémonos en el sofá, Susana.

No hacía falta ser una lince ibérica para darse cuenta que la aproximación física que pedía López a Susana no iba a ser simplemente para que le oyera mejor. Una vez juntos, López intentó sincerarse con la muchacha.

—Sí, Remigio trabaja para mí desde hace bastante tiempo. No es un tipo fácil de trato pero a mí nunca me ha dado un problema. Desde que murió su joven esposa no anda bien del coco. Más que un juez que lo ponga en la sombra varios años, lo que necesita es un psiquiatra. Está muy volcado en su hijo y en su faceta de aficionado, pero se está pasando de la raya...

—Me comentan que ha creado una peña...

—Sí, "Aúpa Rayo". Sólo el nombrecito ya te da una idea de la altura intelectual del amigo. Yo creía que el fútbol le interesaba muy poco pero de un tiempo a esta parte le ha entrado un furor increíble. Va diciendo por ahí que siente los colores del Rayo más que yo y... eso no puede ser.

—Es un ultra y un violento...

—Bueno... no exageremos... sólo que cuando se le cruzan los cables puede hacer alguna tontería. Debe estar pasando por un mal momento. Esa peña la ha creado al margen del Rayo y acabará diluyéndose como el azúcar en el agua. Te lo aseguro, Susana.

López cogió entonces la mano de la periodista. La comida de negocios podía esperar unos minutos más porque lo que ahora le pedía el cuerpo era relajarse con aquella chica de piel morena, lozana y fresca. Susana ya se había dado cuenta de la jugada. Aprovecharía para intentar resolver sus dudas. Así que mientras iba cediendo centímetros de piel a aquel sabueso disparó una pequeña bengala.

—Me tienes echa un lío. ¡No te entiendo! Gracias a ti estoy en una situación profesional excelente, pero... ando desconcertada. No atender a mis llamadas desde ayer me ha planteado dudas. Dudas de saber si sigues apostando por mí

—López, mientras la escuchaba atentamente, pasó a la segunda fase. En aquella habitación hacía demasiado calor y a alguien le sobraba un poco de ropa. La joven seguía hablando, midiendo muy bien sus palabras, al tiempo que se dejaba hacer—. Ayer... tuve la sensación de que Evaristo me daba órdenes tuyas mientras me rehuías a mí...

—Está bien... —López se dio cuenta que de seguir Susana por esos derroteros a él se le irían todas las ganas de comerse su piel morena—. He cometido un gran error... Le di órdenes de que te encomendase el caso del Instituto porque te veo mucho más capacitada que él y porque necesitamos subir la audiencia. A Evaristo no le sentó nada bien mi decisión, al fin y al cabo es el jefe de deportes de la emisora, y aunque no me lo demostró abiertamente me consta que tú estás pagando las consecuencias.

—Sí, se ha vuelto más insolente e insoportable que nunca. Lo estrangularía porque me siento acosada, denigrada...

—Quizás haya llegado el momento de apartarlo de la radio... aunque no será tan sencillo. Probablemente debemos esperar a que cometa un gran error. El mío fue decirle que te insinuara discretamente que no quiero que el caso de Remigio nos salpique a mí ni al Rayo. Ya sabes que muchos están dispuestos a aprovechar cualquier pequeña casualidad para hacer daño. Hay que adelantarse a ese posible intento y desactivar su estrategia. Evaristo se ha debido tomar mi insinuación tan al pie de la letra que merecería que lo estrangulases con esas manos de seda que tienes...

López ya había avanzado las suyas a una altura de no retorno, así que Susana se dio por convencida en sus dudas. Mientras se dejaba querer y pasaba también al ataque, por la mente de la joven periodista pasó un negro nubarrón. Se le ocurrió pensar en el difícil porvenir que tendría si justo en aquellos momentos daba un guantazo a López, se abrochaba el sostén y salía del despacho dando un sonoro portazo. Tal posibilidad la descartó inmediatamente.

* * * * *

—¡Hijo! ¿Cómo estás?

Remigio se abalanzó hacia Julio y lo abrazó efusivamente. El chaval se encontraba sentado en la cama del hospital, leyendo una revista deportiva. Cuando quiso darse cuenta de la escena ya tenía encima los robustos brazos de su padre dándole un gran apretón.

—¡Cuidado, papá, me haces daño!

—¿Estás bien? ¡Dime que estás bien!

—Sí, papá, estoy bien. ¿No te lo han dicho? Seguramente mañana me darán el alta...

Antes de irse del hospital camino de la Comisaría, Remigio había pedido al inspector que le dejase ver a su hijo. Cañeque le miró de arriba abajo con una expresión de sorna y aceptó la idea. Esperaba contrarrestar la filípica que le

había largado instantes antes tras el intento de evasión. Le quitó las esposas, le dijo –amenazador– que no hiciese ninguna tontería y se quedó en el pasillo.

—Entonces no te van a quedar secuelas ni molestias...

—Ha *faltao* el canto de un duro. Todavía no sé porqué hice aquello...

—Ese *hijoputa* tendría que trabajar en el campo, plantando boniatos... Seguro que le dieron el título en una tómbola...

—No empieces, papá. Le he visto las orejas al lobo... Los médicos me han dicho que podía haberme *quedao* paralítico para toda la vida...

—Por culpa de ese cabrón...

—¡Basta ya! ¿No me estás escuchando? –Julio levantó tanto la voz que Cañequé asomó la cabeza por si ocurría algo grave–. Te estoy diciendo que estoy completamente *arrepentío* de lo que hice. Fue una tontería mía para hacerme el *chuli* ante los *coleguis*. Quise hacer la voltereta en el aire y resbalé y...

Julio se llevó las manos a la cara. Volvió a revivir aquellos momentos una vez más. Esos instantes que no le habían abandonado en las largas horas de hospital. Remigio no sabía qué decir. El mundo se le había caído al suelo. Empezaba a darse cuenta del grave error que había cometido intentando linchar a aquel joven profesor pero no dio su brazo a torcer.

—Por mucho que quieras autoinculparte, ese tipo...

—¡Vete, papá! ¡No quiero verte!

Remigio se quedó blanco como la leche, o la harina, o la luna. Jamás se le habría ocurrido pensar que su hijo le levantaba la voz y que le recriminaba algo.

—Te han comido el coco, ¿verdad?

—Sólo te estoy diciendo que me equivoqué, que soy yo, y únicamente yo, el culpable de lo que ha *sucedío* –los ojos de Julio se humedecieron–. Siempre he *sío* un mal estudiante pero nunca he *echao* la culpa a los profes. Sólo me queda el fútbol, padre. Es lo único que puede hacer que no sea un *fracasao*... y he *estao* a punto de estropearlo todo por querer presumir ante los colegas. Si cuando entreno y juego al fútbol soy muy *disciplinao* y obedezco siempre las órdenes que me dan, ¿por qué no soy así cuando no tengo una pelota en los pies?

—Te han comido el coco, Julio. Estas cosas tú no las decías antes de entrar aquí. Tu madre...

—¡Deja en paz a mi madre! –Julio se mordió los labios fuertemente hasta hacerse sangre.

Daba la impresión de que tenía algo muy importante que decirle a su padre pero que el nerviosismo y el miedo se lo impedían. Hasta que lo vomitó:

—Tú mataste a mi madre... Le pegabas... No la querías –el chaval rompió a llorar–. Ni me quieres... Estás loco... Lo que ibas a hacer en el instituto era de locos....No quiero volver a verte...

Remigio se quedó otra vez en blanco pero pronto recobró su color natural. Una ola de sangre le subió cuello arriba hasta llegar a la cabeza y hacerle sentirse

impotente para controlarla. El ataque de ira le llevó a abalanzarse contra su hijo, quien viéndole venir empezó a gritar pidiendo ayuda. Esta vez Cañequé se asomó de cuerpo entero y viendo la escena entró raudo. Intentó agarrar a Remigio pero su fuerza era imparable. No lo dudó: le arreó un fuerte golpe en la nuca dejándolo para el arrastre. Aquel hombre no era un hombre, era un toro capaz de cornear a todo el que se le pusiese por delante. Incluido su propio hijo.

* * * * *

—Don Faustino, ¿cómo me ve?

—Al final del túnel, hijo. Pronto estarás marcando goles por esos campos del diablo. Encima, cada vez te manejas mejor con las palabras, salvo cuando se te olvida y te dejas llevar. Pronto podrás ponerte ante un micrófono con la seguridad de que no vas a dar patadas al diccionario y a la dicción.

—¿A la qué...?

—Déjalo, Piquito. No pretenderás recuperar en un año lo que no pudiste aprender en toda la Primaria y la ESO, pero vas por muy buen camino. Cuando acabe el curso creo que podremos dar por finalizadas estas clases de refuerzo porque ya podrás volar solito y sin miedo.

Piquito no dejaba de mirar el reloj. Toda la clase se la había pasado ojeando de vez en cuando la hora. Por eso don Faustino sintió la curiosidad de preguntarle.

—¿Qué, Piquito, tienes una cita?

—No, digo sí... es que he *quedao* con varios amigos esta tarde. Desde que me lesioné es la primera vez en que los médicos me dejan salir.

En esos momentos profe y alumno escucharon cómo alguien abría la puerta de entrada. Sin duda era Inmaculada, la madre de Piquito, quien en unos segundos haría su aparición ante ambos. Don Faustino no esperaba aquello. Llevaba ya varios meses entrando en casa de Piquito y nunca había coincidido con su madre. Pareciera que le esquivaba. Esta vez, por alguna razón que a él se le ocultaba, iban a coincidir.

—¡Hombre, don Faustino, qué tal, cómo está usted...! —Inma estampó dos besos más bien fríos en las mejillas del viejo profesor mientras que éste aún creía que estaba viendo visiones—. Desde que Piquito dejó el Instituto no he vuelto a verle...

—Sí, y eso que llevo viniendo a esta casa desde hace varios meses...

—Don Faustino dejó la observación clavada en todo lo alto, aunque quiso rectificar sobre la marcha—. Es natural, tenemos horarios tan diferentes...

—Bueno, yo me piro —dijo Piquito, haciendo como que miraba el móvil—. Los amigachos me dicen por SMS que me llevan esperando un buen rato en el portal. ¡Hasta luego!

—Espera, yo también me voy.

—De ninguna manera, don Faustino. Para una vez que coincidimos no me va a hacer ese feo. Quédese y tomamos un café.

—Es que... –el profesor enrojeció visiblemente.
—Por favor...

Inmaculada se lo dijo con un tono tan especial, mitad suplicante, mitad imperativo, que don Faustino sólo supo responder alzando los brazos y asintiendo con una media sonrisa. Piquito besó a su madre y se despidió del profesor. Inmaculada le rogó que se sentara mientras ella iba a poner la cafetera. Qué guapa está, la puñetera, se dijo para sí don Faustino, viéndola marchar. Y volvió a decirse: ay, qué tiempos aquellos, qué tiempos...

* * * * *

—Papi, estoy *preocupao*.
—No me digas, Sergio. ¿Ya te has dado cuenta que tenéis perdida la Liga?
—No es eso, papi. Si ya lo ha dicho Mourinho, si este año perdemos las tres competiciones ante el Barcelona no pasa nada. Es que ayer, viéndoos discutir a ti y a mamá, me entró mucho miedo...
—Bueno, las discusiones dentro del matrimonio son frecuentes. Es ley de vida...
—Era muy fuerte lo que os decíais...
—¡Me cago en diez! ¿Lo oíste todo?
—Casi todo...
—Pero si discutíamos bajito...
—¡Qué va, si parecía que estabais en el Bernabéu o en el Nou Camp!
—¡Me cago en doce!

Sebas estaba sentado en el sofá, despatarrado como casi siempre, pero las observaciones de su hijo Sergio, que había llegado al salón de manera casi inadvertida, le pusieron muy tenso. Le pidió que le trajese una cerveza del frigorífico, no porque en esos momentos le apeteciera beber sino por ganar unos segundos de tiempo para poner en cierto orden sus ideas. Ya le había extrañado al matrimonio la referencia al “corazón partío” con que Sergio había aparecido justo tras dar por finalizada su fuerte discusión de la tarde del lunes, pero no dieron apenas importancia al asunto. ¿Y a hora qué? Si Sergio había escuchado todo –pese a que habían tenido mucho cuidado en no elevar la voz– seguramente tenían un grave problema con el chico.

—Aquí tienes, papi...
—La verdad es que me apetece más una tila, hijo. Pero siéntate, machote. Conque estuviste escuchándonos poniendo la oreja en la puerta. Eso está muy feo, ¿eh?
—Bueno... estoy en una edad difícil... Eso dice don Faustino...
—¡La madre que lo parió!
—La adolescencia y sus consecuencias. La verdad es que me están pasando algunas cosas raras, papá. Muy raras...
—Desembucha y no me tengas en ascuas que me voy a quemar.
—Empiezan a gustarme mucho las chicas y las mujeres...

—¡No me digas, Sergio! ¡Qué cosa más rara!

—Don Faustino dice que eso es muy normal a nuestra edad, que estamos en el definitivo despertar sexual...

—¡La madre que lo echó! ¿Pero esas cosas os cuenta el depravado...? ¡Y yo que pensaba que os daba lengua española!

—Él no tiene la culpa... Nosotros le preguntamos, a veces nos ha pillado distraídos con Shakira o con Piqué, con Irina o con Ronaldo, según los gustos de cada cual, y se ha puesto a echarnos el sermón y a decirnos que nos comprendía pero que ese no era el momento adecuado de ver a esos mendas. También nos ha dicho que le preguntemos a los padres, que ellos deben ser quienes nos hablen sobre lo que nos está pasando y que la educación sexual también es un asunto de la familia, no sólo del Instituto.

—¡Míralo qué bien! Echándole el muerto a los demás...

—¿Qué pinta aquí un muerto, papi?

—¡Ves, aquí está la prueba! Menos explicacioncitas sobre sexo y más trabajar con el diccionario...

—Pues verás, tengo unas cuantas preguntas para vosotros. Quiero que me contéis porque siento ahora cosas que antes no sentía o no tenía ni idea. Ah, y me gustaría saber dónde puedo comprar preservativos con garantía. Algunos *compis* ya lo han hecho.

—¡Jooodeeer! –el Sebas no sabía cómo ponerse en el sofá. Se tocó la frente y notó que empezaba a sudar la gota gorda–. Eso también es idea del viejo, ¿no?

—Sí, dice que lo que recomiendan los psicólogos y educadores es que los asuntos del sexo los conozcamos de primera mano hablándolo con los padres, porque el sexo es algo natural que todos llevamos dentro y no puede ser que aprendamos las cosas por otras fuentes de información menos responsables.

—Niño, ¿desde cuándo hablas de esta manera tan, tan, tan... bien?

—Es que el tema nos interesa mucho a todos los de la clase. Y el profe lo explica estupendamente y con tanta gracia...

—Pues no sé qué tiene de gracioso el asunto... ¡Jooodeeer! Ahora me vas a decir que te explique cómo vienen los niños al mundo...

—Lo sé todo papi, no me tomes el pelo. También lo saben todos mis *compis*, pero la cosa es mucho más profunda, más seria de lo que nos contamos unos a otros, de lo que vemos por la tele, las revistas y el internet. Por cierto, ¿los condones que venden por internet son fiables? Don Faustino dice...

—¡No me cites más a don Faustino, leche! Parece un viejo verde...

—¿Qué es un viejo verde?

—Déjalo, nene –Sebas estaba tan incómodo con aquella conversación que prefirió derivarla hacia la discusión que había mantenido con su esposa y que, al parecer, el “nene” se había tragado sin pestañear–. Cuando venga mamá le comentas lo que me has dicho y si ella no te cuenta nada, que estoy seguro que no te va a contar nada, te prometo que en el verano, con las vacaciones, hablaremos largo y tendido sobre el asunto. Respecto a la discusión de ayer entre mamá y yo, quiero que sepas que la quiero mucho, y ella a mí.

—Sí, ya lo oí anoche...

—¿Qué dices? –preguntó algo mosca el Sebas.

—Pues nada, que no podía dormirme dándole vueltas a vuestra discusión, me levanté a beber agua y oí unos jadeos que no veas...
—¡Me cago en la madre que te parió! Pero, Sergio, esas cosas son privadas...
—Pues escucharos me dejó más tranquilo... Algunos amigos míos ya han echao su primer polvo, papi.
—Ejem... sí... ya hablaremos de estas cosas cuando llegue el verano y las vacaciones
—Sebastián Matute estaba rojo como un tomate mientras su hijo se tomaba aquella conversación más fresco que una lechuga—. Te decía que tu madre y yo te queremos un montonazo de montones pero estamos pasando un pequeño bache, Sergio. A mamá su trabajo le ocupa muchas horas al día y eso le causa demasiado estrés. Yo preferiría que estuviera más tiempo con nosotros pero por ahora no puede ser. Encima está obsesionada con mi afición al fútbol.
—Pero eso es ridículo... Hay millones de hinchas del Barça repartidos por todo el mundo. Y del Madrid... Ahí no tiene razón mamá. ¡Es algo natural, como el sexo!
—¡Exacto! —Sebastián empezaba a darse cuenta que su hijo había crecido por dentro, además de por fuera, y él no se había enterado hasta este mismo momento—. Tienes razón, Sergio. Pero mamá está tan obsesionada con la política y su trabajo que esto no llega a comprenderlo.
—¿Y Susana? ¿Qué pasa con Susana?

Fue un golpe bajo. Aquello sí que era un golpe en todos los testículos. Esta vez no podía aplazar la cuestión al verano y las vacaciones. Sacó un pañuelo del pantalón para secarse el sudor, bebió dos tragos de cerveza y, decidido, dijo:
—Te voy a contar lo de Susana antes de que alguien te diga mentiras o suposiciones... —Sebas acababa de descubrir esa tarde que su hijo Sergio había dejado ya de ser un niño.

* * * * *

Llevaban más de una hora y media hablando, sentados uno cerca de la otra. El tiempo había transcurrido casi sin darse cuenta justo hasta el momento en que una llamada de móvil interrumpió aquel diálogo tan placentero. Era Piquito. Don Faustino, por las breves respuestas de Inmaculada, dedujo que todavía tardaría al menos otro tanto en regresar, lo cual le agradó. Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan a gusto charlando con alguien. Quizás porque aquella mujer le traía los únicos recuerdos gratos de cuando estuvo viviendo en Alcorcada, hacía 18 años más o menos. Por aquel entonces ella trabajaba en las oficinas de una inmobiliaria de reciente creación. Recordaba perfectamente que cuando entró se quedó fascinado al verla. Él rozaba los cuarenta, estaba soltero pero con la determinación de sentar por fin la cabeza. Había decidido comprar un piso y los que ofrecía la propaganda de la Inmobiliaria "Tu Casa" tenían muy buena pinta y estaban en inmejorable lugar dentro de la ciudad. Aquella chica le recibió con una amplia sonrisa, aunque el primer lugar de su anatomía al que don Faustino dirigió la mirada no fue a su cara sino a sus pechos,

avanzadilla grandiosa de una mujer veinteañera que le miraba consciente de su atractivo. Señor, tenga cuidado con la baldosa que sobresale en el suelo. Más de uno se ha ido al suelo –le dijo en plan chuleta.

—Sé lo que estás pensando, Faustino.

—No me digas.

—Sí, lo veo en tus ojos: cuando entraste en la oficina por primera vez y casi te rompes la crisma por fijar tus ojos en mis tetas. No eras el primero...

Don Faustino se rió con una carcajada tan rotunda que sintió cómo su cuerpo recobraba viejas energías ya desaparecidas por culpa de la edad. Y eso que con el poli Cañequé, esa misma mañana, también se había reído de lo lindo. Estaba fantásticamente bien, qué demonios, al lado de Inma. Había recobrado aquella vieja química que mantuvo un par de meses con ella, allá en Alcorcada, y que parecía haber desaparecido cuando luego, ya viviendo ambos en Mospintoles, había vuelto a verla en varias ocasiones. Claro que no era lo mismo hacerlo en presencia de otras personas o en un pequeño despacho del Instituto charlando sobre la educación de su hijo a hacerlo a solas, en casa de ella, con unas cuantas copas de vino encima y en unos días en que necesitaba olvidar lo que podía haber sido una tragedia por culpa de un tal Remigio.

—No lo tomes como un cumplido porque es verdad: sigues estando fantástica. Yo, en cambio, ya ves, ando peor que un plátano pocho. Tengo una pierna para el arrastre, algunos me dicen viejo y la cama sólo la uso para dormir. A mi regreso de Alcorcada no me fueron mal las cosas pero tampoco muy bien. Me casé y enviudé relativamente pronto. No he tenido suerte con las mujeres de mi vida.

—Pues anda que yo con los hombres... Todos vais a lo mismo. Claro que eso lo digo ahora en que el cuerpo empieza a mostrar los primeros síntomas de envejecimiento. Entonces, cuando nos conocimos, yo vivía la vida muy intensamente. Quizás demasiado pero era joven, guapa y había salido del pueblo y de una familia cuyo aire y estrechez me asfixiaban. Quizás algunos se aprovecharon de mis locas ganas de vivir, de disfrutar de mi cuerpo y del de ellos, de ser feliz por primera vez en mi vida. No me disgusta hablar del pasado contigo porque, además de compartirlo un breve tiempo, ha marcado demasiado mi futuro y aunque las cosas no me han ido tan bien como por aquel entonces soñaba, no me puedo quejar. Sigo siendo libre, quiero vivir el día a día sin preocuparme de lo que venga y mantengo la esperanza de que mi hijo consiga todas las ilusiones que yo tenía cuando un buen día salí de casa de mis padres tras dar un portazo. Yo no logré alcanzarlas sino muy parcialmente. Quizás mi máximo error de entonces, tener este hijo sin esperarlo ni desearlo, se haya convertido en el mayor acierto de ahora.

—Has madurado mucho, Inma.

—Mi trabajito me ha costado. Y sola.

—Me alegro un montón de estar hablando contigo y de hacerlo de la manera que lo estamos haciendo –dijo en voz alta el viejo profesor, ahora muy rejuvenecido...

—Pues temía este momento, Fausti... ¿Recuerdas? Así te llamaba por entonces. Es que, hijo, tienes un nombre más feo... —le miró a los ojos, sin pestañear, e hizo una pausa de esas que paran el mundo y la respiración de quien las padece—. Lo temía porque las pocas veces que hemos coincidido en estos años de Mospintoles parecía que se nos habían olvidado los recuerdos y teníamos mal rollo...

—No es verdad, Inma, pero han pasado tantas cosas desde aquel día en que nos conocimos... Nuestra breve pero intensa relación, la estafa en que perdí mis ahorros y el lógico cabreo. Mis dudas de si tú estabas implicada y la forma tan imprevista y rara en que aquello acabó.

—No podía ser de otra manera, Faustino, no podía... Con todo el lío que se montó con la estafa, de la que yo fui una víctima más porque los jefes se largaron de allí debiéndome varios meses de sueldo, sólo me faltó quedarme embarazada. Y eso es lo que ocurrió... Lo más grave... es que no estaba segura... de quién era el padre.

64

De sorpresa en sorpresa **(Una semana de infarto IV)**

La mañana del miércoles transcurría bastante plácida en el Instituto. El grave incidente del lunes ya era historia aunque aún quedaban algunos rescoldos que apagar. El órgano máximo del profesorado publicaba hoy en la prensa local un comunicado que había levantado ampollas en ciertos sectores de la Administración de Mospintoles y de la capital. En él se decía que la agresión a varios profesores era una más de las que habitualmente sucedían en los centros de enseñanza y a las que la Administración daba la callada como respuesta. Sí, se venía insinuando con considerar las agresiones a los docentes como un ataque a la autoridad, lo cual podría agravar las penas de los culpables, pero el tiempo pasaba y aquello era otra promesa incumplida.

“No legislar en caliente” era la justificación dada, pero rara era la semana en que no se producía algún incidente en cualquier instituto o colegio de la Comunidad por lo que el asunto siempre estaba “caliente”. Desde la Consejería de Educación habían llegado las quejas por el alto voltaje del escrito en forma de llamada a Belmonte, el director. Este se defendía señalando que era un texto consensuado por todos los profesores y que él no podía censurarlo, a pesar de que no comulgaba con muchas de las cosas que allí se decían. Tras colgar el teléfono convocó a su equipo directivo y les dijo:

—Estad en guardia y tened todo a punto y en orden porque la Inspección va a venir a meternos un puro con el más mínimo pretexto.

Poco después recibió la llamada de Segis, el alcalde. El regidor echó una filípica a Belmonte porque el escrito del Instituto señalaba también que las medidas de seguridad solicitadas al Ayuntamiento para que varios números de la Policía

Local vigilasen las entradas y salidas así como los recreos (había rumores de venta de droga, cerca de la valla) nunca se habían llevado a cabo. Belmonte cogió un fuerte rebote con el alcalde porque este, personalmente, y en varias ocasiones, le había prometido esa vigilancia aunque nunca había llegado a materializarse. Segis se limitó a decir que con la crisis no había presupuesto para ampliar la plantilla y esta ya era escasa para atender todos los problemas que había en la ciudad. Además, le dijo textualmente, “el Instituto lo que tiene que hacer es cerrar las puertas minutos después de la hora de entrada y no abrirlas hasta el momento de la salida, ni siquiera en el recreo”. Belmonte le dijo que eso no podía ser y el alcalde respondió que tampoco podía ser lo de la policía. Tras acabar la entrevista telefónica como el rosario de la aurora, Belmonte volvió otra vez a convocar a su equipo:

—Estad en guardia y tener todo a punto y en orden porque la Inspección municipal va a venir a empapelarnos con el más mínimo pretexto o chorrada.

—Pues no veas cómo se van a poner cuanto lean el comunicado de la AMPA —dijo el secretario.

—¡Ostras, la AMPA! —Belmonte se llevó las manos a la cabeza—. Dios mío, lo que puede salir de ahí... ¿Y por qué no me habéis dicho nada? Yo habría intentado dulcificar la cosa, que tampoco es para tomárselo así, oye, que un descerebrado entre tanto padre y madre decentes no es sino la excepción. Joder...

—¿Lo dices porque hemos salido en todas las televisiones, radios y periódicos regionales a cuenta de la navaja de ese Remigio? —preguntó la jefa de estudios, aunque ya sabía la respuesta de Belmonte.

—Lo digo porque no hay más que cuervos fuera de este recinto. Bueno, tampoco estoy muy seguro de que no haya también algunos aquí dentro.

Justo en ese momento le pasaron a Belmonte la llamada de la presidenta de la AMPA. Sus más cercanos colaboradores salieron del despacho cruzándose con don Faustino en el pasillo. El viejo profesor llevaba toda la mañana dando clase en el Instituto. Era su día más ajetreado de la semana. Acababa de empezar el recreo y decidió ir a ver al director. Desde el lunes no había vuelto a saber de Carlos, el profesor de gimnasia, y tenía curiosidad por saber qué había sido de él. Cuando entró en el despacho Belmonte seguía hablando por teléfono. Por la voz se le notaba cansado y harto. A una señal de don Faustino de que luego volvería, el director del Instituto Fernando Orejuela le hizo señas de que entrara y se sentase. Así lo hizo don Faustino mientras Belmonte prosiguió la conversación telefónica. Era evidente su deseo de que el viejo profesor escuchase lo que se traía entre manos.

—En resumen, doña Juana, que a usted y a mí nos han metido un gol con ese escrito de la AMPA. Como presidenta usted debería haberlo leído antes de firmarlo y, por supuesto, debería habérmelo presentado antes de darlo a la prensa. Sí..., ya... ya..., si lo entiendo... entiendo que varios miembros de la junta directiva han abusado de su confianza pero para eso estoy yo, para unir voluntades, para limar asperezas... sí... sí, por supuesto... si ya sé que usted está hasta el peluquín de algunos de sus colaboradores. Claro.... claro... usted

se metió en esto para trabajar por el bien de los críos y echar una mano y, en cambio, hay gente que sólo se ha metido ahí por motivos políticos o para fastidiar... Ya lo sé..., sí, ¿cómo?... ¡no me abandone en estas circunstancias, mujer! Espere a finalizar su mandato, doña Juana, así me dará tiempo a buscar a alguien de confianza que pueda sustituirla. Ya sé, sí... que sí, mujer, que usted no ha tenido la culpa de nada pero imagínese la que tengo yo y hoy me han puesto a caldo en la Consejería y en el Ayuntamiento. Imagínese la que me espera cuando esa nota de la AMPA vea la luz pública mañana en los periódicos. Ah, que esta noche... ¿cómo...? ¿Susana Crespo...? La periodista de "Radio Pelota", sí... ¿y qué pinta en esta historia? Ah..., sí, en primicia leerá la nota en el programa... que dios nos coja confesados... Sí..., sí... doña Juana, usted tranquila... sí... sí... no, no se preocupe que usted no tiene culpa de nada, déjelo todo en mis manos... bueno, hasta luego, adiós... ¡Uf, qué pesada la pobre mujer! Más que una vaca en brazos...

Don Faustino se quedó mirando a Belmonte en espera de que éste abriese de nuevo el pico. Y lo abrió:

—Doña Juana, la presidenta de la AMPA... Sí, muy buena mujer, la tienes dispuesta para cualquier cosa que haya que hacer por el Centro pero la pobre de tan buena es tonta.

—Pues bien que la engatusaste para que se presentara...

—Acerté en su bondad, sana disposición y fidelidad, pero erré en su tontura...

—Todo no se puede tener, Belmonte.

—Pues ya has oído. Esta noche esa tal Susana leerá la nota en su programa. Así que mañana por la mañana me van a caer rayos y truenos nada más llegar aquí. Me la ha leído y es un desastre, don Faustino, un desastre y una exageración... Si hoy me han llamado la atención por el comunicado de los profesores comentando lo del lunes...

—Libertad de expresión, Belmonte, equivocada o no...

—De eso no entienden ni en la Consejería ni en el Ayuntamiento. Se creen que yo aquí puedo controlar y silenciar a todo bicho viviente, como hacen ellos en sus chiringuitos respectivos. ¡Me echan a mí la culpa del puñetero comunicado!

—Ni caso, Belmonte. No permitas que te levanten la voz ni que te ninguneen... Por cierto, no he visto a Carlos y quería saber qué pasa con él. ¿Ha cogido una baja por unos días, como es habitual en estos casos, o qué?

—Le han dicho que no aparezca por aquí en una semana hasta que todo se calme. He tenido que convencerle y hasta amenazarle con que no quiero verlo en el Instituto en ese tiempo. Otro que tal, más duro de mollera que la cáscara de una almendra... Aquí todo el mundo con su rollo... y yo a comerme los marrones de todos.

—Pues haz lo que yo hice cuando estuve en la dirección y llegué también a esa misma conclusión. Cuando acabó mi mandato les hice un corte de mangas a todos y me largué. Y mira qué contento estoy...

* * * * *

A las dos de la tarde don Faustino acabó su jornada laboral. Normalmente se quedaba una media hora ordenando cosas en el aula o haciendo algunas anotaciones pero esta vez tenía prisa. Había quedado a primera hora de la tarde con Sebastián Matute para ver un coche de segunda mano que tenía en el taller y cuyo dueño lo vendía, al parecer, a buen precio. Luego quería pasarse por el Complejo Deportivo para relajarse un poco en la piscina y, finalmente, acudiría al Bar Manolo para charlar con su amigo y echarse una partida de ajedrez consigo mismo. Cientos de chavales salían por la puerta del Centro al mismo tiempo que él. Algunos se hacían los remolones en la acera, esperando a sus compañeros. Otros se montaban en coches que estaban esperándoles para llevarles a casa. Los más, caminaban lentamente entre risotadas y tonterías. Prefirió alejarse de la aglomeración y tomó para ello una calle lateral por donde estaba prohibido el tráfico. En quince minutos de caminata tranquila estaría en casa. No era aquel su recorrido habitual pero esta vez prefirió realizar ese trayecto aunque fuese más largo.

Mientras caminaba iba mirando con detalle a su alrededor. Aquella calle, triste y solitaria, olía mal. Estaba sucia, con numerosos folletos publicitarios esparcidos por el suelo. También había cacas de perro y algunos salivazos. Varias papeleras estaban arrancadas de cuajo y casi todas las paredes aparecían emborronadas con grafitis ridículos. No era la única calle de la ciudad que se encontraba en circunstancias tan lamentables, pese a que el centro no estaba muy lejos de ella. Recordó su compromiso con la candidatura de María Reina de cara a las próximas elecciones municipales y anotó mentalmente que esa calle debía ser una prioridad antes que otras. Su estado de abandono siempre le provocaba malestar cuando decidía atravesarla, cosa que solía evitar. Pasó por delante de varios contenedores de basura que echaban un olor nauseabundo. Por si fuera poco, varias bolsas estaban en el suelo, abiertas. O mala educación de algunos pésimos ciudadanos o el típico paria que había estado hurgando en el contenedor en busca de algo de valor y allí había abandonado los despojos de su búsqueda. Un poco más adelante parecía que varios jóvenes estaban entretenidos en hacer ruido.

Don Faustino siguió andando. Cuando llegó a la altura de los chavales comprendió el objeto de la escandalera. Dos de ellos estaban tirando petardos en el interior de una papelería, quizás la única que todavía estaba viva en aquella asquerosa calle. Otros dos acababan de encender un trapo y estaban abriendo un contenedor con la intención de introducirlo dentro. El viejo profesor los vio tan entretenidos con sus fechorías que ni se habían dado cuenta de que él se acercaba. En realidad la llegada de aquel hombre mayor les importaba tres cominos.

—¿Qué demonios estáis haciendo? ¡Es mobiliario urbano de todos!

—¿Y qué? —le espetó chulescamente el que parecía mayor. No pasaría de los 18 años, según le echó cuentas el profesor.

—Esa papelería y ese contenedor lo han pagado vuestros padres, la gente de la ciudad... No os hacen ningún daño...

—¿Y qué? –le volvió a repetir el mismo chulo de antes mientras que sus tres colegas se situaban estratégicamente alrededor de don Faustino.

—Si no sabéis cuidar vuestra ciudad no merecéis vivir aquí...

—¿En dónde merecemos vivir entonces, viejo?

—¡En el infierno!

En ese momento comenzó a salir humo del contenedor de basura. Los jóvenes se miraron unos a otros dudando qué hacer. El que era más pequeño de estatura hizo un gesto diciendo que había moros en la costa. En efecto, al final de la calle se veía una pareja de policías locales que venían hacía donde ellos se encontraban, seguramente alertados por algún vecino que había oído los petardazos. En cuestión de segundos el contenedor empezó a arder y en cuestión de microsegundos aquellos zánganos salieron corriendo que se las pelaban en dirección contraria a la de los agentes. Don Faustino siguió su camino, imperturbable, y se topó con ellos.

—¿Está usted bien, señor?

—Un poco ahumado, agente, pero bien. Celebro verles por aquí.

Don Faustino se despidió amablemente y prosiguió su camino mientras los municipales llamaban a los bomberos. Entonces empezaron a temblarle las piernas. Acababa de darse cuenta que había cometido una gran imprudencia. Aquellos cuatro jóvenes le podían haber dado un susto de muerte. Y todo por una papelerera medio rota y un sucio contenedor... Mientras oía a lo lejos el sonido de una sirena hizo memoria sobre la fisonomía de aquellos gamberros. Sólo se había quedado con el rostro de quien le había chuleado. Una cara en la que nada destacaba por encima de la normalidad. Sólo un piercing negro, en forma de cruz, que colgaba de su oreja derecha. Conforme avanzaba en dirección a la avenida principal que cortaba aquella calle tan sórdida, la sirena se hizo más cercana. Fue en ese momento, justo cuando aparecía a toda pastilla una camioneta de bomberos, cuando cayó en la cuenta que otro de los jóvenes, aquel que había alertado por señas a los demás sobre la llegada de la pareja de municipales, tenía una gran cicatriz en la mejilla izquierda.

* * * * *

—¡Hombre, don Faustino! ¡Dichosos sean los ojos que le ven y las orejas que le oyen!

La cordialidad de Sebastián Matute no era nada ficticia. En verdad que se alegraba mucho de ver al viejo profesor. Le dio dos palmadas en el hombro, le señaló el sillón en que debía sentarse y cerró la puerta del despacho. No quería que nadie del taller les importunase. En las últimas horas tenía varios asuntos que tratar con el profesor y no tardó mucho en hincarles el diente. Cordialidad, sí, pero mucha retranca, también.

—En Mospintoles es usted un héroe...

—¿Y qué he hecho para merecer semejante calificativo?

—¡Hombre, si no llega a ser por usted quizás hablaríamos de algún muerto!

—Yo mismo, Sebas. Cuando aquel tipo se dio la media vuelta y me enfiló con la faca, me vi más allá que acá. Menos mal que el profe de gimnasia estuvo al quite...

—Sí, pero antes de su llegada al lugar de los hechos le salvó a él de una cuchillada segura y quién sabe si de algo peor...

—Veo que Radio Mospintoles tiene muchos seguidores...

—A decir verdad, Susana lo está bordando. Nos tiene enganchados por la noche con sus relatos.

—Se está haciendo toda una periodista...

—Sí... —Matute cogió dos caramelos que tenía en la mesa, le ofreció uno a don Faustino, que lo rehusó, y tras meterse el suyo en la boca, atacó por otra vía.

—Piquito, antiguo alumno suyo, está triunfando... Susana va camino de ello... Cómo me gustaría que otro alumno suyo, mi hijo Sergio, también llegue algún día a ser un tío importante. Por de pronto ya se nos ha hecho un hombre...

—No mareas la perdiz y dime que te lo estoy pervirtiendo...

—Qué va, don Faustino. Yo encantado de la vida... Prefiero que aprenda con usted para qué sirve el aparato que llevamos colgando de la entrepierna a que se lo cuenten fatal sus compañeros o algunas series de televisión.

—Los hijos crecen, Sebas...

—Joder que si crecen... Te crees que siguen creyendo en Caperucita Roja y el lobo hasta que un buen día, de sopetón, te hablan de que Caperucita folla con el lobo.

—No seas borde, hombre...

—¿Borde? "Por cierto, papi, ¿los condones que venden por internet son fiables?" —Sebas imitó la voz de su hijo Sergio y don Faustino, al oírla, se descojonó de risa—. ¿Eso le enseñan en el Instituto?

—¿Y vosotros qué le enseñáis? —Don Faustino se puso serio. El Sebas había pinchado en hueso así que también cambió el semblante.

—Le dejamos que aprendan solos. Queremos que sean niños el mayor tiempo posible pero los muy puñeteros crecen a nuestras espaldas. Se hacen mayores sin nuestro permiso y cuando nos queremos dar cuenta son como nosotros, sin inocencia alguna. Tiene razón, profesor. Las familias deberíamos implicarnos más en la educación de nuestros chavales. Hemos desertado... La verdad es que nuestros padres tampoco nos enseñaron mucho a nosotros. Tuvimos que ser bastante autodidactas. Y así sigue la rueda...

—Pues alguna vez habrá que romperla...

—No son buenos tiempos para romper nada, don Faustino. Como este crío es un charlatán no me extrañaría nada que le haya ido contando que... María y yo no estamos para tirar cohetes. Vamos, que nuestro matrimonio anda algo torcido... No, no son tiempos para romper nada...

* * * * *

~Evaristo...

~Dígame, señor López...

~Te llamo porque llevo dándole varias vueltas a un asunto que me preocupa...

El jefe de deportes de Radio Mospintoles acababa de llegar a la emisora. Ya no saldría de allí hasta que, sobre las doce de la noche, finalizase la emisión del programa "Radio Pelota". La idea de informar sobre lo acontecido en el Instituto Fernando Orejuela había sido todo un éxito. La audiencia, como atestiguaban las llamadas de teléfono y los comentarios en el Twitter del programa, había aumentado considerablemente. Y, por supuesto, la contratación publicitaria de última hora.

~Dígame, señor López...

El tono servil de Evaristo ante el presidente del Rayo no pasó desapercibido para Jacinto, su fiel colaborador. Este, a un gesto del jefe, salió del despacho.

~Verás, Evaristo. Estoy pensando que la idea de que hicieseis una serie de programas sobre aquello del Instituto ha cumplido su misión. Con dos noches ya hay bastante. Ha quedado claro que ese Remigio no tiene vínculo alguno con el Rayo, ni siquiera conmigo, y que es un hombre enfermo, que necesita ayuda psiquiátrica. Las pequeñas historias que Susana lleva contadas han entretenido mucho al personal y eso nos ha beneficiado en el plano mediático. Así se levanta una emisora, Evaristo, con imaginación, entretenimiento y el contacto permanente con la calle. Aunque no tenemos nada que ver con ese tipo era muy importante adelantarnos a cualquier posible información malintencionada de quienes están a la expectativa para arrancarnos los ojos. La envidia, Evaristo, la envidia...

~Sí, señor López. Lo malo es que la chica está entrando en demasiadas interioridades y excesos que a nadie benefician. Yo habría dado la información de manera más escueta y selecta...

~Para lo que yo pretendía era mejor que fuera Susana quien diese la cara. La chica es brillante y decidida. Sabe contar las cosas... aunque su exceso de ganas y de energía puede llevarla a cometer algunos errores de bulto. Ha vendido muy bien la historia de ese viejo profesor que dio clases a Piquito. Casi se me saltan las lágrimas cuando relataba las quejas del profesor de gimnasia y, en fin, que la chica vale mucho pero tú tienes más experiencia, sabes el punto exacto al que hay que llegar a la hora de dar una noticia... Por eso te he pedido que la controlases. Con delicadeza, con tacto, pero controlada, Evaristo, controlada. Ahora te llamo porque quiero que esta noche ya no hable sobre este asunto del Instituto. Dile, pero díselo sin que sepa que son mis deseos y órdenes, que ya ha informado suficientemente, que el Rayo y yo mismo estamos muy contentos con lo que ha contado y lo que ha callado y que esta noche debe hablar mucho sobre Piquito y su pronta reaparición. Dile que cuente todo lo que estamos

haciendo para que se recupere a la perfección, los gastos que eso nos ha originado, los desvelos de los médicos... Quiero que haga vibrar a los oyentes al evocar nuestra lucha por el ascenso a primera. Es vital que pida a la gente que debe acudir en masa al estadio porque necesitamos su ayuda, porque el equipo sin su afición no es nada... Somos los representantes de una gran ciudad y no podemos defraudar. ¿Serás capaz de hacerle llegar discretamente todo esto...? Esta noche tiene que acabarse el culebrón, Evaristo. Objetivo cumplido.

~La tía es dura de roer, señor López. No le garantizo...

~A ver, repíteme eso, Evaristo, que no lo he oído bien –replicó López con un tono que hizo temblar de pánico a su interlocutor. Este reculó inmediatamente.

~No se preocupe, señor López. Intentaré controlarla..., perdón, la controlaré al máximo para que se cumplan sus deseos y órdenes. Aunque tenga que amordazarla...

~Tampoco es eso, Evaristo. Confío en tu probada discreción, en tu gran experiencia y, sobre todo, en tu mano de seda. Te llamaré mañana...

* * * * *

Don Faustino empezaba a sentirse inquieto. Había ido a ver a Matute al taller porque este le había llamado el viernes hablándole de un coche que le podía interesar. Antes de que Sebas se enrollase con otro tema le preguntó decidido: —¿Y qué hay de ese bolido bueno, bonito y barato que tenías para mí? —Ah, pues... verá... —pareciera que el Sebas no quería meterle mano al tema. Lo mismo lo ha vendido a otro, pensó el viejo profesor, y la jodimos, con la ilusión que me había hecho—. El pasado jueves un cliente habitual me dijo que le urgía vender su coche. Se trata de un Audi con dos años de antigüedad y unos 30.000 kilómetros. No es la primera vez que hacemos algo parecido, actuando como intermediarios entre nuestros clientes. Este lunes estuve probándolo por la mañana y el coche va de escándalo. Yo lo compraría con los ojos cerrados, don Faustino. El cacharro que tiene ya ha dado de sí todo lo que podía y mantenerlo sólo le va a costar dinero y disgustos. El precio del Audi es una ganga, no lo va a encontrar en ningún sitio. Sólo hay un pequeño problema... —¿Me pones los dientes largos con el coche y ahora me dices que hay un problema? —El problema no existía pero surgió este lunes en cuanto me enteré que el dueño del coche... es el mismo que quiso rebanarle el pescuezo. Sí, el tal Remigio... —Madre del amor hermoso... ¡Qué pequeño es el mundo, Sebas! —Pues sí, amigo. Más pequeño de lo que pensamos... ¿Y ahora, qué me dice? —¿Y qué opina él? —don Faustino necesitaba tiempo para encontrar una respuesta y su pregunta no era nada baladí. —No lo sabemos. Tras su numerito del Instituto fue detenido y a estas horas no

ha dado señales de vida. Estaba totalmente decidido a venderlo así que no creo que cambie de opinión, más si va a estar entre rejas un tiempo, pero habrá que esperar a que se ponga en contacto con nosotros. Mientras tanto usted se lo piensa. Supongo que la policía o el juez le dejarán llamar por teléfono alguna que otra vez, ¿no?

—Me lo pensaré pero lo que me pide el cuerpo, por mucha ganga que sea ese coche, es no comprarlo.

—Piénselo. Mañana, a primera hora, me da la respuesta. Espero que sea un sí porque sino hará el tonto.

—Me voy a marchar, Sebas. Quiero ir a darme un chapuzón a la piscina...

—Antes de que se vaya... ¿Sabe quién ha estado aquí esta mañana? —se ve que el Sebas tenía todavía más ganas de palique. Lo contrario que don Faustino, quien se encogió de hombros—. Inmaculada, la madre de Piquito.

—¿Y...?

—Hombre, me ha hecho ilusión que por fin viniese a traerme su utilitario para que se lo revisemos. A través de ella quisiera contactar con Piquito. Admiro a ese chaval como jugador. Llegará muy lejos...

—A ti quien te interesa de verdad es la madre. Se te nota en los ojillos...

—Es que me trae buenos recuerdos, don Faustino.

—¿Qué interesantes recuerdos te trae la madre de Piquito? —aquello empezaba a interesarle. La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida.

—La conocí en Alcorcada allá por los primeros meses de 1993. Yo estaba soltero y perdía el culo por los coches y las mujeres. Ya había empezado a trabajar y ganaba un buen dinerito. Por entonces, usted lo sabrá porque vivía en esa ciudad, había un par de discotecas que atraían a todos los jóvenes de los pueblos y ciudades de alrededor. Precios baratos, mucha marcha y buen rollito. Ya sabe, chicas y chicos que íbamos a echar unos bailes, unos porros y a ponernos morados los unos con las otras. Bueno, yo sé de alguien al que esas cosas no le llamaban la atención...

—Sebas, yo siempre he pasado del fútbol y de las discotecas. Qué quieres, ya nací carcamal...

—Una noche conocí a Inmaculada. Era una chica que destacaba en la pista por cómo se movía, por su naturalidad, por su físico, por una pechonalidad que dejaba hipnotizados a los machos en celo que acudíamos allí en busca de hembra. Era una chica condenadamente guapa. Y, claro, estaba rodeada de moscones. De gente como yo, que iba allí a pasar un buen rato y a ver si salía algún plan.

—¿Y cómo acabó la cosa cuando tú fuiste el moscón elegido? ¿Le regalaste un libro, un disco o la invitaste al cine a ver una película de arte y ensayo?

—¡Qué antiguo, don Faustino! Eso sería en sus tiempos... ¡Leche, le hablo de los años noventa! Si salía un buen plan en la discoteca la cosa acababa normalmente en un coche o en una habitación de un hotelito de los alrededores. Luego, tras la juerga y el meneo, cada uno se iba para su casa y santas pascuas. Ya ve, todo muy libre y sin compromiso. Como tenía que ser...

—Ya puestos en confianza, ¿cómo acabó el meneo y el cachondeo? —las confidencias de Matute se estaban poniendo muy interesantes...

—No lo sé. Inmaculada dejó de aparecer por la discoteca. Nadie supo decirme qué fue de ella. Al cabo de los años, un buen día la vi de lejos en una calle céntrica de Mospintoles. Me aproximé a ella pero por su mirada y gestos deduje que no quería saber nada de mí. O quizás no me reconoció... Yo ya estaba casado con María y había tenido al Sergio así que pensé que lo mejor era olvidarme del asunto aunque siempre he tenido ganas de saber porqué desapareció así, tan de repente. Aquello me pareció desconcertante y hasta temí lo peor. No sé, que le había pasado algo, que el padre había venido del pueblo y se la había llevado arrastrando a casa. Por eso, cuando hoy entró por la puerta tan sorpresivamente, pensé que quizás lograría resolver aquel misterio...

—¿Se lo has preguntado? —don Faustino estaba intrigadísimo con la historia del Sebas e Inmaculada allá en Alcorcada.

—¡Por supuesto!

—Vaya, vaya... nunca es tarde para desvelar los misterios del pasado...

El profesor, mientras decía esa tontería, estaba ya elucubrando con fechas de ese pasado. Fechas relacionadas con sus encuentros con Inmaculada en Alcorcada y que venían a coincidir sospechosamente con las que había dicho Matute en los suyos. Entonces le vino a la memoria, como un mazazo, una frase que Inma le soltó con total naturalidad el día anterior: "Con todo el lío que se montó con la estafa, de la que yo fui una víctima más porque los jefes se largaron de allí debiéndome varios meses de sueldo, sólo me faltó quedarme embarazada. Y eso es lo que ocurrió... Lo más grave... es que no estaba segura... de quién era el padre". ¡Coño, tenía razón, al menos ya había dos candidatos a ser padre de Piquito!, se dijo. Y entonces soltó la bomba...

—Inmaculada es madre soltera. ¿Has pensado que tú podrías ser... el padre de Piquito?

La cara que puso Sebastián Matute mereció quedar grabada para la posteridad. Lástima que no hubiera cerca un fotógrafo para inmortalizar el careto del marido de María Reina.

—No juegue con las cosas de comer, don Faustino. Ella me ha explicado que tuvo que regresar al pueblo urgentemente por motivos familiares y que sólo cuando se solucionaron, al cabo de varios años, se vino a vivir a Mospintoles.

—Ya, y el crío se lo trajo Papá Noel como regalo de Navidad...

—No le he preguntado sobre Piquito ni ella ha hablado de él. Si yo fuera el padre, ¿no me lo habría dicho? Seguro que no se acostó sólo conmigo como yo no me acosté sólo con ella. Supongo que tomaría sus medidas para evitar cualquier embarazo no deseado. De ese tipo de cosas no nos preocupábamos los hombres. En fin, don Faustino, que esa pregunta suya no me ha hecho ninguna gracia, pero que ninguna gracia...

* * * * *

Llevaba un buen rato peleándose con el agua de la piscina, brazada a brazada, cuando don Faustino se paró en seco —es un decir— en el inicio de la calle. No

podía seguir. Su cuerpo agradecía la energía que aquel chapuzón le aportaba pero su mente estaba en otra cosa. Así no hay quien nade en condiciones, se dijo enfadado. De Mospintoles a Alcorcada y viceversa. De Inmaculada a Matute, pasando por Cañeque y Remigio. Era imposible alejar aquellos nombres de la mente. Resultaba patético que durante tantos años él se hubiera negado a repasar o revisar el pasado y ahora, maldita sea, en sólo tres días los recuerdos – lejanos o cercanos– no dejaban de martillearle el cerebro.

Salió de la piscina, se puso el albornoz y las chanclas y se fue hacia la zona de relax, inusualmente solitaria en esos momentos. Optó por sentarse en el amplio jacuzzi para relajarse un rato y recuperar las pulsaciones habituales, dejando la zona de los chorros de agua para más tarde.

Llevaba un par de minutos ensimismado en sus pensamientos, que inevitablemente giraban sobre lo que había ocurrido en los últimos tres días, cuando oyó una voz familiar.

—Don Faustino, ¿qué hace por aquí?

Aquella voz pertenecía a Carlos. No había vuelto a verlo desde que ocurriera el incidente del lunes y aunque no le gustaba encontrarse con colegas del trabajo en un lugar donde iba a despejarse y a olvidar el mundanal ruido, el encuentro con el joven profesor de gimnasia le vino de perlas para dejar de dar vueltas con la cabeza a Alcorcada, Inma, el Audi, Matute y el resto de la tropa.

—Celebro verte, Carlos. No sabía que tú también te pierdes por este antro...

—He venido invitado por un amigo de Mospintoles. Esta tarde me ha citado otra vez la policía para declarar y pensó que me vendría bien relajarme un poco tras la cita con los maderos. Vendrá dentro de un rato, cuando acabe una sesión de sauna. Como comprenderá, yo no necesito meter más calor y sofoco a mi cuerpo del que ya tiene.

—¿Y cómo ha ido la cosa?

—Según ellos no hay problema. Ya veremos lo que dice el juez cuando llegue el momento. Nunca había estado en una circunstancia como ésta y espero que sea la última. Cuando hace un par de años entré a trabajar como profesor de gimnasia no pensé que estaría desempeñando una profesión de alto riesgo.

—No conviertas la excepción en la norma, Carlos...

—Lo sé, don Faustino, pero comprenderá mi exageración. El curso pasado me tocó un Instituto de las afueras de Madrid situado en una zona muy deprimida. Lo pasé fatal. Era mi primer año dando clase, mis conocimientos pedagógicos eran nulos, lo cual dice mucho de la Universidad donde me formaron, y no acabé dando un puñetazo a algunos chavales porque dios no quiso. Y este año, en que el Instituto parecía estar formado por gente y alumnos más civilizados, ya ve...

—Ha sido cuestión de mala suerte.

—Quizás es que yo no valgo para esto. No tengo el aguante ni el saber que usted tiene, por ejemplo. Si me saliera algo para entrenar a un equipo de fútbol o para trabajar en un gimnasio, le daría tres patadas a la enseñanza, pero tal

como está el asunto de la economía, bien jodido, dudo mucho que tenga esa suerte. ¿Usted qué me aconsejaría?

—Paciencia y barajar, amigo.

—Es que no la tengo, don Faustino, pero no me comeré el coco con esto. Buscaré otras alternativas. Alguna habrá donde pueda sentirme más feliz, aunque gane menos. Por cierto, como Belmonte me tiene prohibido acudir al Instituto esta semana, quisiera aprovechar este momento para darle las gracias personalmente por lo que hizo el otro día. Si no llega usted a salir de clase y acudir en mi ayuda a esta hora podría ser hombre muerto.

—Lo mismo digo, Carlos. Cuando ese Remigio se recuperó de la sorpresa de mi aparición fui yo el que estuve a punto de pasar a mejor vida. Nos debemos un favor mutuo.

—Le voy a confesar una cosa, don Faustino. Aunque trabajamos en el mismo lugar desde hace ocho meses, me caía usted un poco gordo. Quizás desde aquella pequeña discusión cuando preparábamos el partido inaugural del curso. Y lo cierto es que siempre que he oído hablar de usted lo han hecho de maravilla. El otro día, sin ir más lejos, esa periodista mulata, Susana...

—Crespo —añadió el viejo profesor.

—...le puso a usted por las nubes. Tengo la sensación de haber perdido el año en Mospintoles. Quizás si hubiera vivido aquí todo este tiempo habría conocido mejor la ciudad, a sus gentes, a muchos de mis colegas de Instituto, y así me habría resultado más grata y atractiva mi profesión. No sé, ando tan perdido, tan desencantado...

—Entonces estás en el buen camino. Con la que está cayendo lo contrario sería un suicidio...

* * * * *

El inspector Cañequé se acercó al Bar Manolo. Esperaba encontrar allí a don Faustino pues prefería verle en persona a tener que llamarlo por teléfono. Tenía noticias sobre la decisión judicial respecto a Remigio y consideraba un deber el trasladársela al profesor. En efecto, en una tarde-noche desapacible en que por la calle apenas se veía un alma, en el fondo del reservado estaba el profe echándose una partida de ajedrez consigo mismo. De vez en cuando Manolo acudía a interesarse por cualquier nimiedad y regresaba al mostrador, donde varios parroquianos habituales charlaban sobre lo de siempre: la exitosa marcha del Rayo, ¡y eso que aún estaba lesionado Piquito!, y los cuatro próximos enfrentamientos entre el Real Madrid y el Barcelona en la Copa, la Liga y la Champions.

—Así me gusta, profesor: que juegue a caballo ganador. Es poco emocionante pero reconforta más.

—No se confunda, Cañequé. Jugar contra sí mismo tiene la ventaja de que uno siempre gana pero, por eso mismo, la seguridad de que también pierde —el profesor extendió la mano al inspector.

—Llevábamos un año sin vernos y esta semana no me deja ni a sol ni a sombra. Siéntese y tome algo.

—Lo que estoy haciendo en estos momentos no es muy correcto, don Faustino, pero quisiera seguir viéndole el pelo en los tiempos venideros así que necesito decirle lo que quizás ya se imagina: al tal Remigio el juez le ha dicho que vale, que vuelva otro día y que mientras tanto se vaya a su casa a descansar. Espero haberle asustado un poco cuando me despedí de él en el hospital y haberle descruzado los cables cuando pedí que le dejaran ver a su hijo pero no estoy seguro del todo, de manera...

—...que me debo buscar un guardaespaldas temporal o permanecer encerrado en casita por si el Remigio vuelve a las andadas.

—Es un consejo de amigo, don Faustino. Nunca se sabe con esta gentuza... Ahí lo tiene ya, de patitas en la calle mientras que a usted o a ese joven profesor de gimnasia se les pondrán los güevos de corbata. La justicia, que es muy justa... ¿Qué, echamos una partida por si es la última de su vida?

El viejo profesor ni se inmutó. Sabía del negro sentido del humor de Cañequé. Es más. Sabía que en los próximos días, sacando tiempo de donde pudiera, el inspector estaría al acecho para impedir que nada le pasara. Más de una vez se lo había oído decir: «Yo odio el delito y compadezco a la víctima, no al delincuente, como dice la frase al uso. Nadie está obligado a matar, robar o hacer sufrir a los demás. Mi labor no termina con detener al presunto culpable. Finaliza cuando se ha hecho justicia. Mientras tanto hay que proteger a las víctimas».

—No me apetece jugar, Cañequé. Estaba esperándole. Esta semana he regresado al pasado forzado por los acontecimientos y por quienes me rodean. Quiero aprovechar la ocasión para resolver algunas interrogantes o asuntos pendientes. Sólo así podré enterrarlo definitivamente. Por eso hoy lo que me apetece es charlar con usted sobre aquellos años de Alcorcada. Esos de los que siempre le prohíbo hablar cuando nos sentamos de higos a brevas ante este tablero de ajedrez.

—¿Qué desea saber de ese pasado que todavía no sepa o intuya?

—Quiero que me cuente todo lo que recuerda sobre aquella estafa inmobiliaria del 93 en Alcorcada.

—Ya... Al profe le han entrado ganas de saber quién estuvo detrás de ella. Y qué fue de aquella chica con la que se dio sus buenos lotes durante unas cuantas semanas...

—Ya sé porqué es tan buen policía, Cañequé: porque lee el pensamiento de quien tiene delante.

—Sí, incluido el de mis jefes. Y por eso no he pasado de inspector. ¿Nuevo pieza entonces?

—Empiece por la que más le plazca, por favor.

—A pesar de que el caso quedó sobreseído por falta de pruebas y porque los autores materiales o volaron o tenían muy buena coartada, yo seguí su rastro aún mucho tiempo después. Como un entretenimiento... Vamos, para matar el rato. No sólo fue usted, también otros amigos míos habían caído en las redes que tendió aquella oficina siniestra donde los engatusaba convenientemente

una chica de recios pechos y mucho encanto y labia.

—Inmaculada...

—Sí, Inmaculada, la madre de Piquito, ese portentoso jugador del Rayo que va a conseguir que Mospintoles sea conocido en todo el planeta si las lesiones le respetan y sigue progresando a buen ritmo. Pero dejemos el asunto ese del fútbol, mi pasión...

—Se lo agradecería, inspector. Sufro de fútbolfobia...

—Je, je... Pues para esa enfermedad tan rara no se ha inventado ninguna medicina... Prometo no hablar de fútbol, profesor. Y si quiere, lo juro mano en alto ante este sagrado tablero de ajedrez, la antítesis del deporte de su fobia.

—Me conformo con que lo prometa. Cuénteme cómo se forjó aquella tropelía que se llevó los ahorros de varios cientos de familias, incluyendo los míos.

—Dos peces gordos, amigos desde el colegio, uno ligado a la banca y otro al trapicheo del comercio de la importación, decidieron hacer el negocio de sus vidas construyendo una urbanización en Alcorcada. El pelotazo empezó desde el momento en que el suelo en que se iba a construir era una zona verde situada en un lugar privilegiado de la ciudad. El alcalde y dos concejales movieron todos los hilos para recalificar el lugar y pasarlo a edificable. Entonces el Ayuntamiento vendió el suelo recalificado a los peces gordos a un precio de saldo con el cuento chino de que medio pueblo iba a trabajar en la construcción de la urbanización. A cambio, los políticos que intervinieron en el enjuague se llevaron una recompensa millonaria. Bajo cuerda, claro. Todas las jugadas las teníamos bien contrastadas pero cuando el adversario es gente importante, ya sabe, políticos, ricachos y otras hierbas con cierto poder en las altas esferas, hay que tener todas las pruebas atadas y muy bien atadas para mostrarlas a la luz del día o si no te hunden. Sabíamos los tejemanejes, sospechábamos con fundamento pero faltaban algunas pruebas documentales determinantes, pruebas que casi nunca suelen aparecer, así como faltaba la valentía de los mandos, que suele brillar por su ausencia pues en estos casos tienen poco que ganar y mucho que perder. Así que, tras la recalificación y el pago de los favores a buen precio, los promotores tuvieron en sus manos un negocio redondísimo ya que el coste del suelo les había salido muy barato mientras que los precios de los pisos y chalets puestos a la venta iban a precio de mercado.

—¿Quiénes eran esos dos peces gordos? Nunca nos lo dijeron...

—En estos momentos uno dirige un banco del país y el otro, aunque ya fallecido, sigue cabalgando a lomos de su hijo.

—¿Un tal Melitón? —preguntó con mucho aplomo don Faustino, con la seguridad de saber ya la respuesta.

—¡Bingo, profesor! El padre se llamaba Melitón... y el hijo también. Verá porqué hablo del hijo. Aquellos dos tiburones de los negocios se buscaron otros tantos brazos ejecutivos. Uno se encargaría de la construcción del complejo y el otro llevaría a cabo todo el operativo de promoción y venta. Para el primer cargo escogieron a uno de los constructores más sinvergüenzas que ha habido en este país y para el segundo optaron por alguien de la casa: el hijo del que se dedicaba a la importación. Entre la propaganda escrita y radiada y el palique y el encanto de la chica de la oficina los pisos empezaron a venderse como

rosquillas. La estupidez típica de este país: comprarse un piso que todavía no se ha construido, creerse las bondades de lo que le venden y, lo peor, adelantar un dinero a cuenta por algo que todavía es humo. El amor al ladrillo que tienen los españolitos roza lo enfermizo, amigo.

—Habrás de todo, Cañeque. Yo quería establecerme definitivamente en Alcorcada y estaba harto de pagar un montón de billetes cada mes por el alquiler de un piso de mierda. Cada vez que se los entregaba al dueño, se me partía el alma de ver cómo aquel pirata se los llevaba en negro y en caliente. Un indocumentado al que de buena gana hubiera retorcido el pescuezo y denunciado al juzgado.

—Sí, y dicho entre nosotros, el asunto de la vivienda de este país casi siempre ha estado y está en manos de piratas, pero una cosa es pagar un alquiler demasiado elevado por un cuchitril ajeno y otra el que la vivienda propia se compre sobre plano y con dinero por adelantado. ¡Estamos poniendo alegremente el culo para que nos jodan bien jodidos! Y eso fue lo que pasó en Alcorcada con la fabulosa promoción que hizo la inmobiliaria “Tu casa”. Conforme los depósitos a cuenta iban entrando en el banco del tiburón, iban saliendo como inversiones en negocios rápidos, en compra de otros terrenos, etc. Por si fuera poco, y antes de reintegrarse parte de esas inversiones, el dinero recibido por el constructor para iniciar los primeros trabajos voló en sucios negocios relacionados con la droga. Empezaron a reclamar los primeros compradores viendo que las obras no se iniciaban y entonces se descubrió el pastel. El constructor voló del gallinero llevándose una parte importante de la pasta destinada a las obras. En la cuenta del banco también faltaba dinero pues algunas de las inversiones iban más lentas de lo convenido y no había sido posible su reintegro en el tiempo esperado.

—Joder, y yo sin enterarme de nada...

—Usted, don Faustino, estaba muy entretenido acostándose con la chica de la inmobiliaria. Con Inmaculada, la futura madre de Piquito. No..., no censure mis palabras... Cualquiera en su lugar las celebraría con orgullo.

—Pero cómo sabe...

—La policía no es tonta, profesor, no es tonta. La tontura se la dejamos a quienes elaboran las leyes sin ponerse antes en el pellejo de las víctimas. Pensamos que la chica estaba implicada pero nada de eso: era una pardilla, una desgraciada a la que le debían varias mensualidades de su trabajo. Recuerdo que me tocó tomarle declaración y estuvo todo el rato llorando como una madalena. No tengo nada que ver, soy inocente, decía. La creí desde el primer momento pero tenía que forzar su memoria, sus recuerdos, para que buscara cualquier dato, por nimio y absurdo que le pareciera, y con ese dato pudiéramos encontrar el hilo que nos llevara a todo el ovillo. No sirvió de mucho. Los dos tiburones no colaboraron nada de nada. Según ellos el responsable era el constructor, que se había llevado casi todo el dinero. Las cuentas que nos mostraron no cuadraban pues le endosaban el ochenta por ciento de la pasta depositada por los compradores cuando nuestras sospechas es que sólo era el cuarenta, pero los papeles y los traspasos y los nombres y las firmas allí estaban para contradecir nuestras tesis. Pura ingeniería financiera.

—Pero esas evidencias tan claras...

—Tan claras... para la policía, amigo. Luego llegan los abogados de una y otra parte, empiezan a ladrar entre ellos, a veces se ponen de acuerdo, a veces se tiran los trastos a la cabeza... Empiezan a sacar leyes, normas, sentencias pasadas y nosotros ya no pintamos nada. Nos hacemos la picha un lío. En asuntos de economía las cosas no son tan sencillas como cuando hay un cadáver y tiramos de autopsia, huellas y coartadas. Cuando lo que hay por medio es sólo pasta, mucha pasta, nosotros nos perdemos. Ya me dirá con la mierda de sueldo que ganamos al mes, jugándonos el pescuezo a menudo, qué experiencia tenemos en desentrañar tramas económicas millonarias que se enrollan como mil persianas. La ingeniería financiera, al menos en aquellos años, no era nuestro fuerte. Si no podíamos meter mano a los dos tiburones, a los que defendía con uñas y dientes el propio banco, menos íbamos a poder hacer con sus brazos ejecutivos. El constructor desapareció del mapa, como bien sabe. Lo hizo sin dejar el más mínimo rastro. Como un auténtico profesional. A él se le echó el muerto de la estafa cuando al final resulta que el muerto era él porque no sé si sabrá que ocho años más tarde, sobreseído el caso por falta de pruebas y desaparición del presunto culpable, apareció su cuerpo en el apartamento de una ciudad colombiana. Acribillado a balazos. Probablemente un asunto de narcotráfico. No pudimos, ni nos permitieron, averiguar nada sobre aquellos ocho años de huida.

Don Faustino asistía a la conversación con el inspector Cañequé con la misma cara de estupefacción y asombro que Martita, su genial alumna, ponía cuando él contaba alguna historia fantástica en la clase de Lengua. Habían pasado ya tantos años de aquella estafa que era imposible escandalizarse pese a que los primeros meses en que se produjo lo pasó muy mal, como todos aquellos que habían depositado su dinero y su confianza en aquella inmobiliaria.

Pasados aquellos momentos de rabia y estupor había cerrado página y una vez que le comunicaron la sentencia del caso, tiró al olvido todo aquello. Sólo que el reencuentro con el inspector Cañequé, no como circunstancial amigo y acompañante de una partida de ajedrez, sino como policía ejerciente tras la agresión de Remigio, le había traído a la memoria todos aquellos recuerdos sepultados por años de olvido consciente. Y, por si fuera poco, el reencuentro vis a vis con Inmaculada había acabado por reabrirlos. No digamos cuando Matute le contó lo bien que se lo pasaba con ella en unas semanas que coincidieron con aquellos tristes acontecimientos. Por no remontarse a la noche en que oyó de labios de su amigo Manolo, en aquella grata cena en el Asador Castilla, el fatídico nombre de Melitón, momento a partir del cual algo se removió en su adormecida memoria. Algo que, desde entonces, no había dejado de hormiguearle el cerebro hasta acabar retrotrayéndolo finalmente a los primeros meses de 1993.

—¿Y qué pasó con el que se encargaba de la promoción y venta de los pisos? —el nombre de Melitón le vino a la boca como si se tratara de un trago amargo—. Ese

tipo también se fue de rositas. Tanto que nadie pudo verle el pelo ni antes ni después.

—Melitón..., el hijo de uno de los peces gordos... Estuvo tan protegido en todo el proceso que yo sólo pude hablar una vez con él. El tipo tenía una coartada perfecta. La inmobiliaria era una sociedad limitada a nombre de su padre y su compañero de correrías y él pasaba por allí. Era un simple asalariado. Aunque encargado de la promoción y venta a cachitos de la urbanización, su contrato era del mismo tipo que el de la chica que daba la cara en la oficina. Me acuerdo que le pregunté: "pues a ella le deben varios meses y a usted le han pagado hasta la última peseta"; "En algo se tiene que notar que soy el hijo de uno de los promotores", me respondió el hijoputa. Salió de aquel chanchullo limpio de polvos y pajas. Bueno, de polvos no, porque le echó unos pocos a la chica, a Inmaculada...

—¿Y eso cómo lo sabe, Cañeque? —a don Faustino se le iban y venían los colores.

—¿Qué cómo lo sé? Pues porque la chica me lo contó todo entre lloro y lloro... En un principio la creíamos implicada y pensando que era el eslabón más débil le apretamos un poco las clavijas a ver si cantaba la traviata. Y lo hizo, sólo que lo más interesante que nos contó fueron sus escarceos de cama y mantel con algunos hombres que la rondaban. En esos años Inmaculada no tenía prejuicios y disfrutaba de la vida al máximo, puliéndose todo el dinero que ganaba con su trabajo. Y lo entiendo porque se había largado del pueblo y de su casa para encontrar una vida mejor y más plena. A sus veinte años quiso ponerse el mundo por montera y se lo puso durante una temporada hasta que se pegó el batacazo.

Don Faustino permanecía callado escuchando las observaciones de Cañeque. Decididamente se le había venido abajo el mito de Inmaculada. Aquella chica con la que tiernamente compartió mantel y cama durante un par de meses resulta que se tiraba a todo el que pasaba por delante de sus tetas. No, no desaprobaba su conducta. Al fin y al cabo qué buscaba él en aquellos años, y Matute y ese maldito Melitón sino disfrutar y pasarlo bien retozando en los brazos de gente del otro sexo. Sólo que si eso era cierto, Inmaculada quizás había tenido un serio problema para saber quién era el padre de su hijo. Porque tras haber mirado la fecha de nacimiento de Piquito que aún conservaba en el ordenador, don Faustino estaba convencido de que el mes en que Inmaculada se quedó embarazada coincidía con el que ella había tenido relaciones simultáneas con él y con Matute. ¡Ahora sólo faltaba que también coincidiese con Melitón, lo cual era muy probable! ¿De dónde sacaría tiempo y ganas para montárselo con tres a la vez?

—Voy a ir cortando el rollo, don Faustino. Me he extendido demasiado pero seguro que es lo que usted quería. Ya podrá enterrar por fin ese pasado de Alcorcada que no quería recordar porque le traía malos recuerdos y algunas sombras. Aquella chica disfrutaba la vida de lo lindo y no somos nadie para criticar algo que nosotros mismos también hicimos. Tras el escándalo de la

estafa, sin un duro en el bolsillo y sin trabajo, desapareció de Alcorcada sin decir adiós a nadie, ni siquiera a sus amantes. Unos cuantos meses después volvimos sobre ella por si había alguna novedad pero ni siquiera la abordamos. Estaba en su pueblo, vivía con sus padres y era evidente su embarazo. Quien podía imaginar que, un par de años más tarde, la chica se vendría a vivir a Mospintoles, a donde también regresamos usted y yo, y que su hijo se convertiría luego en uno de los futbolistas más completos que yo he visto nunca en un campo de fútbol. No sé usted, pero yo me he preguntado muchas veces quien será el padre de Piquito aunque intuyo que no anda demasiado lejos de Mospintoles.

—Sólo me queda una duda o curiosidad, Cañequé. Ese Melitón, el hijo, ¿por dónde anda? ¿Sabe algo de él? Lo vi un día, muy fugazmente, salir de la oficina. Le pregunté a Inmaculada. Es mi jefe, me dijo. No logré sonsacarle el nombre pero una noche, en un momento de conversación sincera, me dio un nombre que yo creí de cachondeo: Melitón. Luego lo asocié, no sé porqué, a aquel tipo de larga melena y gabardina gris que, según Inmaculada, era su jefe. Hace poco salió su nombre en una cena de amigos y no se lo va a creer pero de asociación en asociación llegué, eso sí, con ciertas dudas, a adjudicárselo a alguien muy importante de Mospintoles.

—Es ese que está pensando, amigo. Ese mismo...

—Dígame usted, inspector, ya que sabe leer tan estupendamente la mente de sus víctimas...

—Je, je... No puede ser otro que el señorito López, don Melitón López, el presidente del Rayo.

* * * * *

Iban transcurridos quince minutos de programa y a Evaristo, el jefe de deportes de Radio Mospintoles, se lo llevaban los demonios. Mira que le había dicho a Susana, esa mulatita de mierda que le había birlado la confianza plena de López, que el culebrón del incidente del Instituto tenía que acabarse ya, que lo importante ahora era recuperar el fútbol del Rayo, su exitosa campaña y la pronta reaparición de Piquito. Había estado a punto de revelar a voz en grito que no era él quien se lo pedía, quien se lo exigía, sino el propio López, al que en esos momentos maldecía por obligarle a mantener una postura de correveidile vergonzoso y secreto, algo a lo que no estaba acostumbrado. La chica le había dicho que contaría sus últimas investigaciones muy rápidamente y que pasaría a ocuparse directamente del Rayo, aunque faltaban todavía cuatro días para el partido del domingo y no corría tanta prisa, joder. Evaristo la fulminaba con los ojos mientras Susana le miraba sonriente, con una mirada desafiante y casi lasciva, como diciéndole, ya mandas poco, ahora empiezo a cortar yo el bacalao y pronto estarás acabado, Evaristo.

Habían sido quince minutos de un sin vivir en él. Cada llamada telefónica le provocaba una incremento de la sudoración pensando que el propio López estuviese al otro lado para decirle incapaz, inútil, ¿no ves que no te hace caso?,

estás acabado... El colmo fue la lectura del comunicado de los profesores del Instituto acerca del incidente del lunes y en el que ponían a parir al Ayuntamiento, a su amigo Segis, el alcalde, así como a las autoridades educativas. Pero el calvario no había finalizado porque poco después había leído otro comunicado aún peor: el de la Asociación de Padres y Madres del Instituto. No sólo reforzaba la opinión del profesorado sino que iba más allá. Enumeraba todos los incumplimientos que las autoridades locales y regionales habían tenido con el centro educativo, desglosaban las numerosas deficiencias estructurales del mismo y en el colmo de los colmos, de cara a las próximas elecciones municipales, pedía el voto públicamente para cualquier partido que no fuese el actualmente gobernante en la ciudad. Aquello era una bofetada en toda regla. Los teléfonos habían empezado a sonar con gente a favor y en contra, el twitter echaba humo. La mulatita se iba a acordar de aquella noche para el resto de sus días. La iba a joder bien jodida aunque fuese lo último que López le dejara hacer.

Entonces llegó la primera pausa publicitaria. Susana dio por concluido su serial sobre el Instituto, tras haber presentado durante tres noches todo un popurrí de noticias, cotilleos, declaraciones, historias cotidianas de personajes de Mospintoles, a los que en unos casos trataba con cariño y en otros a degüello. No lo debía haber hecho tan mal cuando las audiencias y la publicidad habían subido muchos enteros, pese a lo cual notaba que Evaristo la seguía teniendo entre ceja y ceja. Que le dieran morcilla.

—Queridos oyentes, regresamos tras dos minutos de publicidad.

Nada más empezar a escucharse la música del primer anuncio Evaristo saltó como un tigre de su asiento y se acercó con el rostro crispado hacia donde estaba Susana.

—¡Me has jodido Susana! ¡Tenías que haberte limitado a hablar sobre el Rayo y Piquito! ¡Ese comunicado de la AMPA nunca debiste leerlo en antena! ¡Eres una mierda pinchada con un palo! ¡Una negra mierda que está aquí porque se te da muy bien abrirte de piernas! ¡Eres una...!

* * * * *

En la casa de María Reina y Sebastián Matute estaban enganchados al programa "Radio Pelota" desde que supieron que iba a informar sobre el incidente del Instituto. Matute, habitual seguidor del programa, había convencido a su mujer para que le acompañara en la escucha. María, además de la posible información, sentía curiosidad por evaluar a Susana, esa chica periodista de la que sospechaba –aunque sin ninguna prueba por el momento– que podía tener algún trato afectivo con su marido.

» Queridos oyentes, regresamos en un minuto para finalizar nuestro programa de hoy dándoles las últimas noticias del Rayo.

—Me voy a la cama, Sebas. Esa chica la ha cagado con la lectura del comunicado de la AMPA –dijo María levantándose, pero se quedó petrificada

cuando notó cómo tras el fondo de la sintonía musical de unos grandes almacenes la voz de un hombre bramaba fuera de sí.

» ¡Me has jodido Susana! ¡Tenías que haberte limitado a hablar toda la noche sobre el Rayo y Piquito! ¡Ese comunicado de la AMPA nunca debiste leerlo en antena! ¡Eres una mierda pinchada con un palo! ¡Una negra mierda que está aquí porque se te da muy bien abrirte de piernas! ¡Eres una...!

De pronto la emisora enmudeció. Marido y mujer se miraron atónitos. Sólo Sebas atinó a decir, llevándose las manos a la cabeza...

—¡Jooooodeeeeer!

Aquella expresión hizo reaccionar a María en una dirección que él nunca habría esperado.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! A la Susana se le da muy bien abrirse de piernas...

—¡Pero...! —balbuceó Matute.

—No me extrañaría que tú fueses uno de los que se las abre...

Aquella noche mucha gente no durmió bien en Mospintoles. Una descoordinación imperdonable o un sabotaje en toda regla —eso nunca se sabría— había dejado abierto un micrófono del locutorio mientras sonaba la publicidad. Ni Susana ni Evaristo se habían dado cuenta de nada hasta que vieron el rostro aterrado del técnico de sonido. Entonces comprendieron. Susana se echó a llorar, en un ataque de aguda histeria, y Evaristo salió corriendo hacia su despacho con la cara más blanca que la leche. El programa se dio por concluido. Los teléfonos seguían echando humo. El móvil del jefe de Deportes de Radio Mospintoles empezó a sonar. Evaristo temblaba agarrado a los brazos de su sillón. Miró el número de su interlocutor. Se lo sabía de memoria. Nervioso, le dio a la tecla de llamadas.

~Evaristo, soy López...

Un minuto más tarde, su colaborador Jacinto entraba en el despacho y lo encontraba desmadejado, con la cabeza sobre la mesa. Rápidamente llamó a una ambulancia.

65

Cuando baja la marea

(Una semana de infarto V)

Eran las siete de la mañana del jueves. A esas horas don Faustino ya estaba levantado y en perfecto estado de revista. Esta vez había pensado desayunar en casa al tiempo que le daba vueltas al asunto de si comprar el coche que Matute le había ofrecido. ¡Qué mala pata que fuese de ese cabrón del Remigio! Ya se había hecho a la idea de cambiar de coche, de abandonar a su querido utilitario

renqueante y artrósico por uno más joven y musculoso, pero saber que el aspirante a la sucesión pertenecía a ese cacho animal de dos patas le provocaba náuseas. Al despedirse de Matute en la larga charla de la tarde anterior, éste le había dado el precio de venta y era para no pensárselo ni un minuto: hecho, Sebas, ¿dónde firmo? Sin embargo, mantuvo su palabra y quedó en responderle hoy. Claro que la decisión seguiría siendo provisional hasta tanto Remigio no confirmase la venta anunciada y, para eso, debía dar señales de vida. ¡Lo mismo, al enterarse de quien era el comprador, se negaba en redondo!

En esas estaba cuando le sobresaltó el timbre de la puerta. No, no era una equivocación. Quién llamaba lo hacía con insistencia, conocedor de que quien allí vivía ya estaba levantado. Dejó en la encimera el tetra brick de leche y fue raudo a abrir.

—¡Buenos días, don Faustino! Perdone que le moleste de esta manera tan abrupta pero acabo de bajar a la calle a pasear el perro y he visto su coche. ¡Está completamente quemado!

El viejo profesor reaccionó con entereza ante la mala noticia.

—Gracias por decírmelo, vecino. El pobre estaba para el arrastre pero no merecía ese final tan chusco. Voy a buscar las llaves y bajo a ver qué se ha podido salvar.

—¿Quiere que le acompañe? —le preguntó, solícito, su vecino de escalera, un viejo jubilado, antiguo abogado, cuya vida discurría entre la rutina y el hastío. Todo lo contrario de lo que había sido su larga vida laboral.

—Sí, se lo agradecería.

—Si tiene una cámara de fotos le recomiendo que se la baje y haremos unas cuantas instantáneas. Los del seguro querrán luego irse de rositas y pagarle a usted dos duros aduciendo que el coche era más viejo que Matusalén. Y de cara a la denuncia tampoco le vendrán mal.

—Gracias por el consejo, don Anselmo. Un segundito que ahora mismo vengo.

El profesor dio media vuelta y, lo más de prisa que pudo, pese a las molestias que en ese momento sentía en su pierna izquierda, se fue a por las llaves y la cámara de fotos. ¡Vaya semanita de infarto que llevaba! El cuarto día de la puñetera semana no podía haber empezado peor.

* * * * *

En casa de los Matute acababa de sonar el despertador. Normalmente era Sebas quien se levantaba primero. Pasados unos veinte minutos, llamaba a María. Esta vez fue ella la primera en despertarse. Instantes después le llamó tocándole en el hombro, que asomaba fuera de las sábanas.

—Sebas, es la hora.

Matute tardó en abrir los ojos. Estaba cansado. La noche anterior se había acostado muy tarde porque, después de irse María tras el escándalo que

escucharon en "Radio Pelota", él siguió en el salón sin decir ni mu. Ni tenía ganas de discutir con su señora, que se fue directa a la cama con el ceño muy fruncido, ni tenía ganas de acostarse. Aquellas insultantes palabras de Evaristo, dejadas al descubierto por un micrófono indiscreto, le hicieron sentir mucho más que afecto por Susana. Qué duro debía ser el ambiente de trabajo de la emisora para que aquel energúmeno la tratase así. Pero, ¿sería verdad lo que había dicho aquel racista? Sacó el otro brazo de debajo de las sábanas, miró el reloj de pulsera que María le había regalado por su último cumpleaños, y dijo con voz casi susurrante:

—Soy el jefe así que hoy acudiré al taller un poco más tarde. Estoy muerto de sueño...

Entonces se dio media vuelta en la cama en dirección a María y, temiendo ver qué morro le tendría preparado a tenor de cómo fue la despedida nocturna, entornó los ojos para ir abriéndolos poco a poco. Conforme lo hacía se fue llevando una grata sorpresa. Su mujer le miraba sonriente y con una cara mitad beatífica y mitad picantona. Se quedó un poco desconcertado viendo que no era la actitud que había previsto, pero más sorprendido quedó cuando se dio cuenta que su mujer estaba desnuda. Ella se acurrucó a su lado.

—Sebas, siento mis palabras de anoche sobre esa chica. No sé por qué reaccioné así. No tengo prueba alguna. Fueron horribles aquellas acusaciones...

—Si te lo he dicho, mujer. Si mi única relación con esa periodista fue salvarla de la paliza que unos ultras estaban dándole en un descampado cercano a un campo de fútbol.

—Estoy muy nerviosa desde hace tiempo. Lo sabes. Me juego mucho en las próximas elecciones. Son como una final de ese campeonato que siempre tienes en la boca... ¿la Liga, Sebas?

—La Champions, querida.

—Pues eso, me voy a jugar en menos de un mes todo por lo que vengo luchando desde hace años. Si pierdo las elecciones mi futuro político puede ir cuesta abajo. Han ido quedando muchos cadáveres en el camino. Segis lleva demasiados años gobernando en el Ayuntamiento y se cree el amo de la ciudad y del partido, a pesar de que perdió las primarias. No las tendré todas conmigo hasta que no gane las elecciones y lo haga por mayoría absoluta. Pero... no quiero hablar ahora de todo eso, aunque me hace mucho bien, Sebas. Es demasiada la presión que soporto, demasiada tensión la que se vive en estos momentos tan decisivos.

María se dio cuenta que iba por mal camino, que ese no era el momento de contar sus cuitas profesionales a su maridín. Había tomado la decisión, viéndole dormir como un bendito, de demostrarle que estaba dispuesta a luchar porque no naufragase su matrimonio. Ni le convenía a su carrera política ni estaba segura de haber dejado de querer a Sebas. Tampoco haría nada que perjudicara a su hijo Sergio, al que tenía abandonado desde hacía años por culpa del ejercicio casi exclusivo de su profesión. Nunca había sido celosa pero, a pesar de que se consideraba todavía muy atractiva, no podía evitar el ver a

Susana, mucho más joven que ella, como una amenaza. Algo absurdo pero conocía varios casos de colegas masculinos que, con una edad similar a la del Sebas, habían dejado a sus mujeres por otras más jóvenes. Quizás el problema estaba en ella misma, que veía cómo fuera de casa los hombres de su entorno la miraban con unos ojos mucho más golosos que el forrofo pelotero que tenía en casa. Y, encima, eran mucho más atractivos que él...

—No te quiero aburrir con mis pejugeras laborales... —concluyó.

—Pues quizás deberíamos hablar más de esas pejugeras, las tuyas y las mías. A lo mejor nos dábamos cuenta que nos necesitamos mucho más de lo que creemos —respondió Sebas.

—Ya lo hablaremos más tarde. ¿Cuánto tiempo hace que no nos damos un revolcón al despertar?

—Uf, ni me acuerdo, María. Con lo que a mí me gusta, así, tan calentitos los dos, con las pilas bien cargadas...

—Y el Sergio durmiendo... —remató la señora Reina, a la que no se le escapaba ningún detalle.

—Eso... ya no lo sé, cariño. Me parece que sigues viendo al Sergio como un niño y ya es un tío con los güevos llenos de pelos...

—No seas basto, hombre. Además, rompes así bruscamente un momento tan, tan... —la palabra no le salía de la boca.

—¿Romántico? ¿Íntimo? —el Sebas acudió al quite.

—Agradable. Ya sé que no es un niño pero si anoche se acostó también tarde seguro que estará durmiendo a pierna suelta y, por la hora que es, tenemos todavía veinte minutos para actualizar ese "ni me acuerdo". Yo estoy muy caliente, ¿y tú?

Ni respondió. El Sebas se abalanzó sobre los morros de María y le estampó un beso de película. No la ahogó de milagro. Se aplicó con un frenesí similar al que tenía en sus años de soltero, cuando buscaba compulsivamente cualquier hembra bien dotada para acallar la llamada salvaje de su sexualidad desbordada. Fuera por la falta de costumbre a esas horas o porque le urgía el deseo de comprobar que su mujer aún le deseaba y que él seguía sintiendo por ella la misma pasión de antaño, aquel arrebatado beso le supo a gloria. Suspiró aliviado. Todavía seguía poniéndose a cien al notar el contacto de sus cuerpos desnudos. Todavía seguía habiendo química entre ellos dos.

Cuando María intentaba respirar con cierto desahogo tras aquel besazo inesperado y el Sebas reponía fuerzas y aliento, la puerta del dormitorio se entreabrió y Sergio asomó el careto.

—Papuchis, anoche no me acordé de deciros que hoy... —cuando vio el percal, aunque en ese momento sus padres estaban recomponiendo la figura, cerró el pico, también la puerta y fuese con una sonrisa llena de felicidad. Eso era lo que deseaba de sus padres, que gozasen juntos, que se amasen, en vez de alzar la voz recriminándose cosas. Qué ganas tenía él también de disfrutar del sexo con una chica, de comprobar si lo que había leído en las revistas, visto en videos del internet y oído a algunos compis más adelantados, era tan estupendo y

maravilloso como parecía. ¡Ojalá que no fuera propaganda!

—Por poco nos pilla en plena fiesta –dijo María al tiempo que se ponía aún más colorada, es decir, más hermosa.

—No te preocupes. Ni es la primera vez ni espero que sea la última... –remachó el Sebas al tiempo que volvía al ataque. Sólo que esta vez lo hacía a toda pastilla, con boca, manos y lo que hiciera falta.

* * * * *

Don Faustino entró en el Bar Manolo arrastrando ambos pies. Pareciera que llevaba grilletes. En cuanto lo vio Manolo supo que algo le pasaba. Iba a salir de detrás de la barra cuando el profesor le calmó:

—Tranquilo, Manolo. Estoy bien, sólo que deseando que acabe esta puta semana y todavía falta día y medio.

—El Remigio, ¿verdad? ¿Por qué coño lo han dejado suelto?

—Me voy al reservado. Ponme lo de siempre. No me ocurre nada, sólo un bajón anímico que pasará a mejor vida en cuanto tome tus comistrajos...

No tardó mucho Manolo en llevar a don Faustino su habitual desayuno.

—Desembucha –le dijo en cuanto dejó la bandeja sobre la mesa.

—Esta madrugada le han pegado fuego al coche. Lo rociaron con gasolina y no ha quedado de él ni la matrícula.

—¡Ese cabronazo es un peligro público! ¿Cómo lo dejan suelto? Porque habrá sido él, seguro, quien si no... Ya te lo advertía ayer el inspector Cañequé. ¿Has puesto la denuncia?

—Ahora iré, cuando esté bien comido y repuesto del susto. Me he mantenido sereno y fuerte al principio, pero cuando venía para acá, andando por las aceras casi desiertas, me ha entrado un bajón que me ha dejado hecho cisco. El pobre Renault ha quedado irreconocible. Le he hecho unas fotos por consejo de don Anselmo, el vecino que me ha avisado. Mira... –don Faustino sacó la cámara y le mostró la decena de imágenes que había tomado.

—¡Qué canallada!

—Veinte años de recuerdos... Un poco de gasolina, una cerilla y plaf, en unos minutos, todo a la mierda. Lo compré cuando me fui huyendo de Mospintoles, ¿recuerdas? He recorrido con él gran parte de este país –don Faustino tomó un poco de café con leche y prosiguió con su lamento–. En ese coche me enamoré, me he peleado con gente querida, he llevado a un joven que se moría... Cuántas veces vagué sin rumbo fijo pretendiendo olvidar los problemas del día o encontrarles una solución allí dentro, protegido por su coraza de acero. Me estoy poniendo cursi, Manolo. No es la pérdida del coche... es que ha desaparecido para siempre el escenario de importantes momentos de mi vida en los últimos veinte años.

—Siempre estarán en tu cabeza, en tu jodida cabeza, Faustino.

—No es lo mismo...

—No le des más vueltas. Quemándolo se han adelantado a su muerte natural. Veinte años... joder, ¿quién coño tiene un coche veinte años seguidos?

- No es el puto coche, son los recuerdos que me traía...
- Siempre habías huido visceralmente de los recuerdos y en esta semanita le has dado la vuelta a la tortilla de una manera...
- Tienes razón. Menuda putada lo de esta semanita.
- Además, estabas dándole vueltas a la idea de comprarte ese Audi que Matute te ofrecía a precio de ganga, ¿no? Olvídate del viejo coche porque de todas maneras lo ibas a largar a mejor vida. Ya sé que no es lo mismo verlo quemado que dejarlo en un taller o en un desguace pero al final es lo mismo: acaba destrozado. Ahora, con más razón que antes, comprarás ese cacharro del Sebas...
- No lo sé, por eso quisiera pedirte consejo. ¿Tú crees que debo comprar un vehículo que ha tenido como dueño a ese animal del Remigio? A saber tú qué recuerdos y vivencias cobijará en su interior...
- ¡Pues sí que te ha dejado tocado la quema de tu viejo “cuatro latas”! ¡Anda y que le den!

* * * * *

Don Faustino salía de la Comisaría, donde acababa de poner la denuncia. Antes había llamado al Instituto contando a Belmonte lo sucedido con objeto de que tuviera una justificación sobre su ausencia a clase. Ante la pregunta del policía sobre quién creía que podía ser el ejecutor, don Faustino dijo desconocerlo. No se atrevió a citar a Remigio, tal y como le había aconsejado Manolo.

—¿Qué habrá venido a hacer el profesor a este recinto tan sagrado?

La voz de Cañequé sonó rotunda a espaldas de don Faustino. Este se giró y dio las gracias al destino por brindarle aquel encuentro. No estaba nada seguro que Remigio hubiese sido el autor de la quema de su coche y sólo el inspector podría sacarle de dudas.

—Me voy a quedar en casa hasta que acabe esta semanita, Cañequé. Es que no paran de pasarme cosas...

—Quería verle. De hecho iba a salir para el Instituto pero alguien me ha dicho que estaba por aquí. Venga conmigo...

Cañequé llevó de nuevo a don Faustino al interior de la Comisaría. Lo subió a la segunda planta y tras atravesar un pasillo más oscuro que la boca de un lobo – “ya ve, no hay ni una puñetera ventana ni una maldita luz, así cuidan a quienes trabajamos por hacer más segura la vida de los ciudadanos” – abrió una pequeña puerta. Pasaron dentro – “cierre los ojos, profesor, o la repentina luz de la habitación le deslumbrará tras atravesar las tinieblas del pasillo” –. En efecto, un gran ventanal iluminaba tan profusamente aquel cuchitril que don Faustino tuvo que taparse los ojos.

—¿Lo ve? Entre la sombra más lóbrega y la luz más resplandeciente sólo hay un breve instante. El mismo que separa el bien del mal o viceversa... Pero dejémonos de metáforas, amigo Faustino. Tengo que darle dos noticias. Una es

buena y la otra mala. ¿Cuál desea conocer antes?

—No sé, no creo que esta semana haya una noticia buena...

—Pues la hay: Remigio ha muerto.

—¡Dios!

—Deje en paz a la divina providencia. Ya sabe que tiene la costumbre de no meterse en nuestros barullos terrenales...

—¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha ahorcado. Su cadáver apareció esta mañana, sobre las ocho y cinco.

—¿Y esa era la noticia buena? ¡Joder, cómo será la mala!

—Naturalmente que es una buena noticia. Ya hay un lagarto menos al sol. Hay gente cuya muerte alivia a los demás... El Remigio era un peligro público, incluso para su familia más allegada, y ahora ya no es nada.

—¿Por qué cree que se ha suicidado? —preguntó don Faustino, que todavía no acababa de creerse la noticia.

—Estos tipos que han mamado la violencia desde pequeños a veces acaban ejerciéndola sobre sí mismos. Así debería ser siempre, que beban de su propia medicina y si es posible, que desaparezcan con ella.

—Es usted muy duro...

—Ya. Se lo dice alguien que ha visto mujeres ensangrentadas porque el cabrón de su marido o novio las creía de su propiedad, como si fuesen un objeto.

Alguien que ha visto morir a policías amigos por tratar de impedir un atraco, un secuestro de gente inocente o por querer evitar que un alijo de droga llegara a su destino e hiciera picadillo a cientos de personas. Si el mundo está lleno de hijoputas, siempre será una buena noticia que uno de ellos lo abandone. El drama es que hay cientos de ellos que no secuestran, ni matan, ni maltratan físicamente si no que ocupan importantes cargos de responsabilidad en bancos, multinacionales, gobiernos... y que exponen a miles o millones de personas a la pobreza, la marginalidad o la desesperación con sus decisiones socialmente aceptadas y magníficamente retribuidas. Pero bueno, no sé a qué viene esto...

—Estoy de acuerdo con usted, si le sirve de consuelo pero...

—El tipo no ha podido aguantar los últimos acontecimientos.

—No le entiendo, inspector.

—Necesita urgentemente unos días de descanso, profesor. Desaparezca de Mospintoles cuando llegue el fin de semana. Es un consejo de amigo... Verá. Remigio fue la primera parte de su vida un delincuente en toda regla pero le salvó el que tenía buenos padrinos. Desde su padre, inspector como yo, a su abuelo, un alto mandatario del régimen franquista reconvertido a demócrata de toda la vida cuando el dictador estiró las pezuñas. Cuando vinieron mal dadas, es decir, cuando los padrinos pasaron también a mejor vida no le quedó más remedio que sentar la cabeza o buscar protección bajo el manto de un hijoputa de los que le comenté antes. Entonces apareció Melitón, sí, ese señor López al que ahora todos besan las pelotas y el culo porque preside un equipo de fútbol y otras empresas exitosas. López le contrató como jefe de seguridad. Fue en aquellos tiempos famosos de Alcorcada...

—Pues si Remigio estaba tan bien situado no entiendo...

—El presidente aspira a ser un dios una vez que su creación más sonada (el

Rayo) esté en un momento álgido. Hay gente de su entorno a la que ya no necesita. Es más, le resulta incómoda. Remigio, por ejemplo. Sabe demasiado porque lleva demasiados años a su servicio y que empezara a actuar por libre en algunos asuntos de aparente poca importancia, como la creación de esa peña ultra sin permiso de la entidad ni de su dios, fue la gota que colmó el vaso. Profesionalmente Remigio estaba acabado. En el plano psicológico andaba fatal. Sentía pesadillas desde que hace varios años murió su esposa, a la que maltrató y puteó todo lo inimaginable. A menudo intentó rehacer su vida con otras mujeres pero todas huían despavoridas en cuanto le calaban, y no tardaban en hacerlo. Tenemos un amplio dossier sobre sus andanzas en los últimos tiempos. —Iban detrás de él esperando que diera algún paso en falso —insinuó el profesor.

—Tras lo de su mujer empezó a coquetear con la droga. Traficando, aunque nunca le pudimos coger, y consumiendo. Empezaba a estar mentalmente enfermo, así que cualquier minucia como el accidente escolar en que se vio envuelto su hijo Julio le hizo cometer la agresión del Instituto. Esa es otra... su hijo Julio.

—¿Todavía más cosas? Es usted un libro abierto, Cañeque...

—Empezó a sospechar de él. Sí, era un futbolista de gran porvenir, en eso no se equivocaba, pero había algo de su vida privada, de su comportamiento, que le traía mosca. Hasta que un día logró entrar en el ordenador del hijo. Entonces el mundo se le vino abajo. ¿Se imagina porqué? ¡Usted le dio clase al chaval durante dos añitos!

—Recuerdo que Julio era una excelente persona aunque los estudios no le gustaban, pero en segundo de la ESO empezó a cambiar a peor su comportamiento. Se lo pregunté a su madre, con la que mantuve varias entrevistas de tutoría. La mujer no soltaba prenda pero intuí que algo grave estaba pasando en casa porque cada vez que la veía estaba más desmejorada. Sí, Remigio la maltrataba, la estaba matando...

—El chico, el único hijo que tenía, vivió todo aquel viacrucis de su madre y no es de extrañar que le afectase muy negativamente. Qué menos, profesor... La cosa fue a peor tras la muerte de ella. Sólo el refugio del fútbol le sirvió al chaval como medio de superar aquel drama, aunque curiosamente también era el refugio y pretexto que usaba su padre para intentar mantener con él una relación cercana. Menos mal que hay una tía suya que lo acogía cuando la tempestad se desataba en casa de Remigio o cuando éste no aparecía por allí. Hasta que no hace mucho, sospechando ciertos comportamientos, hurgó en su ordenador y...

—No siga, por favor... Ya no aguanto más esta semana de sucesos, de recuerdos, de confidencias... Tengo la cabeza a punto de reventar, inspector.

—Hemos llegado al final, amigo. Remigio comprobó que su hijo tiene tendencias homosexuales. Por la edad no tienen porqué ser definitivas, pero... Aquello fue la puntilla, lo que acabó por hundirle en la locura. Los vecinos cuentan...

—Déjelo, inspector. No quiero saber nada más.

—Está bien. La muerte de Remigio va a ser una buena noticia para su hijo. No

hoy ni mañana, pero es lo mejor que le podía pasar. El porvenir que le esperaba al lado de este padre era negro, horrible... Todavía está en el hospital. Hoy le dan el alta. Acudiré con su tía a darle la noticia, aunque también hemos pedido ayuda a un psicólogo del hospital. Me he implicado demasiado en este caso y eso no es bueno...

Al inspector Cañequé se le notaba emocionado. Don Faustino pensó que de un momento a otro podían saltársele las lágrimas.

—A Remigio todo se le había torcido últimamente. El remate de los remates fue un cáncer muy avanzado que le diagnosticaron la semana pasada. Le quedaban dos telediarios. Anoche se le debieron cruzar los cables más de lo que ya los tenía cruzados y decidió acabar con su vida. Ahí demostró lo cobarde que ha sido toda su vida. La valentía se demuestra en los momentos de adversidad y cuando hay que luchar contra la muerte. Encima de la mesa ha dejado varios sobres dirigidos a su hijo y a su hermana. También había por allí distintos papeles: el diagnóstico del cáncer, varios ingresos bancarios de última hora y algo que me ha llamado mucho la atención: una autorización para que vendan su coche, un Audi, y una cuenta corriente para ingresar el dinero. ¿A que no sabe a quién autorizaba dicha venta?

Don Faustino se hizo el ignorante aunque sabía perfectamente la respuesta. Si aquella conversación no acababa pronto le entrarían ganas de vomitar.

—Cañequé, déjelo, por favor... Si la muerte de Remigio es la buena noticia, acabemos cuanto antes y dígame la mala... Tengo que regresar al Instituto.

—La mala es que, si no ha sido Remigio quien ha pegado fuego a su coche, eso significa que hay suelto por ahí alguien que le tiene en el punto de mira, profesor. Ahora ha sido el coche pero quién le dice que en otra ocasión la diana no será usted mismo...

* * * * *

Tras su conversación con el inspector Cañequé, don Faustino cogió un taxi y salió disparado hacia el Instituto. Tenía clase con su tutoría (un examen) y no quería llegar tarde ni posponerlo. Mientras iba de camino llamó a Matute para quedar con él. Le informó que de madrugada le habían quemado el coche y que estaba interesado en la compra del Audi de Remigio, aunque no le dijo nada sobre que había aparecido muerto esa misma mañana. Acordaron verse en el Bar Manolo en torno a las siete.

Al acabar su jornada laboral, repitió el mismo trayecto que había realizado el día anterior al salir del Instituto. Volvió a pasar por la calle cochambrosa y maloliente de entonces, volvió a ver las mismas cacas de perro y grafitis. Tuvo la impresión de que aunque habían pasado 24 horas aquella mugre era la misma de entonces. Para el servicio de limpieza municipal esa calle debía ser territorio comanche. Confirmó sus sospechas cuando llegó a la altura del contenedor de basura al que habían prendido fuego aquellos niñatos y vio, con

estupor, que seguía allí, arrugado y ennegrecido, prácticamente inservible. Se paró delante e intentó recordar. Tenía la seguridad de que el autor de la quema de su viejo coche no era Remigio. No creía que su máxima preocupación antes de ahorcarse fuera pegarle fuego a su vehículo. ¿Y si habían sido los mismos a los que regañó y, posteriormente, denunció? Aquellos jóvenes debían ser gente peligrosa. Entonces aligeró sus pasos para no tentar nuevamente a la suerte aunque parecía que la calle estaba desierta. Unos minutos más tarde divisó la suya. A la altura de su portal había un hombre maduro, de unos treinta y pocos años, bien plantado pero altamente sospechoso. Miraba a todos lados sin perder detalle pero procurando no llamar la atención. En esos momentos le entró un pánico atroz. ¿Quién sería aquel tipo que claramente hacía guardia donde él vivía? ¿Tendría que ver con el incendio de su coche? ¿Pero no había pensado hacía unos minutos que quizás aquellos jóvenes gamberros podían haber sido los autores?

Por fortuna la calle era amplia, había coches circulando y por las aceras paseaban varios peatones con aire despreocupado. Esta observación le tranquilizó sobremanera, así que siguió hacia adelante con el alma en vilo. Cuando llegó a la altura de la fachada de su piso, aquel hombre vino hacia él con una sonrisa y la mano extendida. Pese a ello, el viejo profesor no las tenía todas consigo.

—¿Don Faustino?

—Sí, ... soy yo...

—Soy el subinspector Cañeque. He llamado al Instituto y me han dicho que probablemente vendría para acá así que he decidido esperarle. Soy el hijo del inspector Cañeque.

—Mucho gusto en conocerlo, aunque viéndole de lejos he llegado a asustarme un poco. Me quemaron el coche esta mañana...

—Estoy informado de todo, don Faustino. Me han encargado la investigación y ya tengo las conclusiones definitivas.

—¡Coño, qué rapidez!

—Hay un testigo que vio todo desde una ventana cercana y, por si fuera poco, las cámaras de una Caja de Ahorros colindante efectuaron una grabación. Encontrar a los autores ha sido coser y cantar.

—Dice autores...

—Dos jóvenes que responden al nombre de Juan y Luis. Al primero lo identificamos inmediatamente gracias a la descripción del testigo. Tiene una cicatriz en la cara que le va a delatar siempre a menos que se haga la cirugía estética. Él nos llevó al otro en cuanto le apretamos un poco las clavijas. No tienen dos tortas ni dos dedos de frente pero así empiezan muchos, cometiendo gamberradas o pequeños delitos y luego acaban actuando a lo grande.

La corazonada de don Faustino era cierta. El de la cicatriz era uno de los cuatro jóvenes que habían metido fuego al contenedor en aquella calle maloliente justo cuando él pasaba por allí.

—¿Y han dicho por qué le han pegado fuego a mi coche? ¿Tan mal les sentaron

mis palabras al recriminarles por lo que estaban haciendo?

—No es la primera vez que un honrado ciudadano llama la atención a este tipo de jóvenes por cualquier tropelía que están cometiendo y la toman con él. Le insultan, pegan o hieren. No están los tiempos para heroicidades ni para meterse en camisas ajenas, don Faustino. Esa gente vio cómo luego hablaba usted con la policía local, probablemente describiéndolos, y decidieron darle un buen susto. Los dos cafres han cantado la gallina en cuanto les metí en el furgón. Uno de ellos le conocía. Vive en el mismo barrio que Piquito y en diversas ocasiones le ha visto a usted entrar en la casa del famoso futbolista. Y, claro, tenía localizado su viejo Renault.

—Qué fácil es hacer daño al prójimo... ¿Qué me aconseja que haga con la denuncia?

—Mi padre le diría que la retire. Lo haga o no esos dos tipos van a estar en la calle en un santiamén y, además de reírse de todos nosotros, si no la retira puede que le hagan la vida imposible. ¿Usted cree que merece la pena? Encantado de haberle conocido, don Faustino.

El subinspector Cañeque se despidió con un fuerte apretón de manos. A un gesto suyo apareció un coche policial camuflado y se subió al mismo. Le volvió a saludar y el vehículo partió a toda velocidad.

* * * * *

El profesor, tras acabar de comer en casa, estaba leyendo el periódico tumbado en el sofá. Como siempre, a no mucho tardar, le entraría sueño dando comienzo a su habitual siesta. En esas estaba cuando sonó el teléfono. Estiró el brazo y cogió el inalámbrico que tenía en una mesilla cercana.

~¡Hombre, Piquito, qué sorpresa oírte! Sí, dime... Hum... sí... estupendo... mañana a las 12... sí, en su consulta. Dame la dirección... sí... Sé por dónde cae, no te preocupes. Sí, dime... —don Faustino estuvo escuchando un buen rato a su interlocutor sin pronunciar palabra alguna, sorprendido por lo rápido que corrían las noticias por Mospintoles. Al fin abrió la boca—. Bueno... era un coche que estaba muy viejo y ya no valía un euro... Me preocupa más que haya chavales que tengan una reacción tan extrema como esos. Deberías tener cuidado si es que alguno de ellos lo tienes por allí cerca. Sí... gracias por lo del doctor y ya te contaré lo que me diga tras ver la resonancia. Espero que no sean muy malas noticias y que la semana acabe mejor que como empezó. Sí..., vale..., adiós, adiós.

Estaba a punto de colocar el inalámbrico de nuevo en su base cuando volvió a sonar. Era la joven periodista Susana.

~Buenas tardes, don Faustino. Espero no haberle despertado de la siesta...

~No, criatura. Estaba lavando los platos...

~Mejor así. Si quiere llamo más tarde, cuando haya acabado...

~No, entonces estaré dando ronquidos y no me despertaría ni una taladradora. Estoy un poco enfadado contigo, Susana.

~Me imagino porqué pero le llamaba precisamente por eso. Quiero excusarme aunque espero que me comprenda... El otro día conté una pequeña historia sobre usted en el programa "Radio Pelota". Lo hice con mucho cariño, usted sabe cuánto le estimo, sólo que sabiendo que se iba a negar si le solicitaba cualquier tipo de información, me atreví a contar algunas cosas que ya sabía. Eso es todo...

~¡A saber qué cosas horribles dirías de mí! –el viejo profesor estaba tomándole el pelo a su joven exalumna.

~Lo puse por las nubes, como se merece. Y por lo que sé a mucha gente le gustó mi historia. Sólo le llamaba por eso, por si acaso no le había gustado...

~No he oído tu programa ningún día, Susana. Lo que tengo ganas es que llegue el mediodía de mañana viernes para escaparme de Mospintoles y perderme por algún lugar de la sierra. ¡Entre pitos y flautas vaya semanita que llevo!

~Pues la mía no ha sido manca...

~Tú eres joven y aguantarás lo que te echen, pero a mí estas cosas me cansan mucho, no soy un chaval. Ya sólo quiero tranquilidad y buenos alimentos.

~¿Tiene algo que ver la quema de su coche con la agresión del instituto, don Faustino? –ah, conque era eso, pensó para sus adentros el profesor, me llamas por eso, te has enterado de lo del coche y quieres información para tu programita, pues te vas a enterar, ji, ji...

~Ah, ya sabes lo del pobre cochecillo. ¿Pero no me llamabas para disculparte por lo otro?

~Sí, don Faustino, pero ya de paso me gustaría saber algo sobre este nuevo asunto...

~Sabes más que los ratones coloraos. Pero, mira por donde, me has encontrado bien comido y relajadito, así que ahí te voy a dar una serie de noticias en exclusiva, Susana. Remigio se ha ahorcado esta madrugada, desesperado y reconcomido ante un hijo que no le quiere, una mujer a la que mató a disgustos y una enfermedad incurable que le diagnosticaron el otro día. Remigio trabajaba para López, tu jefe y, si no recuerdo mal, actual presidente del Rayo. Un fiel empleado hasta que Melitón lo dejó caer. En 1993 el profesor don

Faustino, o sea, el menda, sufrió una estafa en la compra de un piso en Alcorcada. El señorito López fue uno de los que la propiciaron. En cuanto a mi coche, le han pegado fuego dos jóvenes delincuentes a los que habrá que dar una oportunidad antes de que sea demasiado tarde y se hundan en el pozo de donde jamás se sale. Y el coche que va a sustituir al quemado, mira tú por dónde, ha pertenecido a Remigio, ese troglodita que estuvo a punto de matarme el lunes pero que hoy jueves ha acabado colgándose de una cuerda. Moraleja: la vida a veces es un círculo infernal y de él sólo se puede salir huyendo. Hacia la sierra, por ejemplo.

-Me ha dejado atónita, don Faustino...

-Pues más te voy a dejar. Sólo te autorizo a que relates en el programa el círculo completo de la exclusiva. De Remigio a López, pasando por don Faustino, los jóvenes pirómanos y otra vez Remigio. ¿Trato hecho?

-No puedo...

-Una periodista joven, decidida e independiente como tú...

-No puedo, don Faustino..., no puede pedirme eso...

La voz de Susana se quebró. El viejo profesor tuvo la sensación de que había empezado levemente a sollozar. Entonces don Faustino dio por terminada la conversación y colgó sin despedirse. Aunque Susana ya no era su alumna, deseó que la lección que acababa de darle le guiara en su futuro profesional. Entenderla, parecía haberla entendido a juzgar por su imprevisto cambio de voz.

«...¿No te habrás pasado con esta pobre chiquilla, Faustino? Ya bastante tiene con lo que tiene...»

* * * * *

A las siete en punto de la tarde, en el Bar Manolo, estaban Sebastián Matute y don Faustino charlando sobre el suicidio de Remigio y el asunto del Audi, el coche que éste quería vender. Como en ese momento no había clientela, Manolo también metía baza en la conversación.

—La cosa es complicada, Sebastián. Un muerto no le puede vender un coche a un vivo por mucho que el intermediario le oyera decir en vida que le buscara un rápido comprador —así de fino razonaba Manolo a la intención de Matute de venderle el coche inmediatamente a don Faustino—. Ni siquiera se lo deberías prestar para este fin de semana porque le para la policía por cualquier cosa y le acusan de haber robado el coche. Y robárselo a un muerto supongo que tendrá más castigo que birlárselo a un vivo...

—Sí, tienes razón... Yo creía que las cosas eran más sencillas...

—Tan sencillas —continuó Manolo, mientras que don Faustino no abría la boca

ni para respirar– que como no espables te acusarán de muy vivo por haberte quedado con el coche del muerto. Y a ver cómo justificas ante la poli o el juez que tienes autorización para tener ese coche en el taller si no hay ningún documento que justifique esa presencia y el muerto no va a resucitar para declarar a tu favor.

—Vuelves a tener razón, Manolo, porque a mí tanta burocracia y tanta leche me pone de los nervios. El tío llegó el viernes pasado, me comentó que quería vender urgentemente y como era un cliente habitual y no me pidió ningún papel de depósito pues eso, que allí se quedó el maldito coche...

—Creo que ya tengo la solución a este problema –intervino el viejo profesor después de dejar hablar a sus amigos–. Remigio ha dejado entre sus documentos al juez un escrito por el que autoriza a Sebas la venta del Audi por el precio estipulado. Luego deberá efectuar el ingreso en una cuenta bancaria determinada.

—¿Y cómo sabe eso, profesor?

—Tengo un topo en la policía...

—En cualquier caso –retomó la palabra Manolo– el asunto pasa a depender de un juez y veremos a ver si al final no se queda el Estado con el vehículo...

—¡Qué dices! –le replicó Matute–. Tanto el coche como todos los bienes de Remigio pasarán a su hijo...

—Pues más a mi favor. Lo mismo el chico quiere quedarse con el auto y entonces adiós bicoca...

—Joder, vaya lío... Don Faustino, mejor que se vaya buscando un abogado...

—Al final será mejor pasar del puto coche... –terminó por admitir el profesor– o armarse de paciencia. Tanto comerme el coco con que si lo compraba o no y ahora estamos en estos perendengues... Mientras esperamos acontecimientos, consultaré la cuestión con mi vecino Anselmo a ver qué opina.

—Tiene razón. Espere a los nuevos acontecimientos y mientras tanto le alquilo uno de los coches que tenemos para satisfacer a nuestros clientes cuando le reparamos el suyo. ¿Qué le parece?

—Sebas, lo necesito para mañana al mediodía. Nada más acabar las clases pienso desaparecer de Mospintoles todo el fin de semana. Estaré en paradero desconocido hasta el lunes por la mañana.

—En la puerta del instituto tendrá su coche a la hora convenida. ¿Lo quiere sólo o con compañía femenina? –le preguntó con cara de pillín el Sebas.

—No quiero ver ni al gato. Ya he visto bastante esta semana.

* * * * *

La emisión estaba a punto de comenzar. Probablemente sería el programa de radio más oído de la historia de Mospintoles. En la ciudad todo el mundo estaba pendiente de "Radio Pelota", el programa que se había convertido en el líder de audiencia gracias al buen hacer de la periodista Susana Crespo al relatar con tino y arte todos los pormenores habidos y por haber en torno al incidente que había ocurrido el lunes en el Instituto Fernando Orejuela.

Los bochornosos alaridos en su contra que emitiera la noche anterior el jefe de deportes de la emisora habían sido la comidilla de todo Mospintoles a lo largo del día. Algunos especulaban con la posible veracidad de las palabras del primero y daban algunos nombres de posibles amantes. Otros defendían a la chica, considerando las palabras de Evaristo no sólo insultantes sino un delito, pues habían sido escuchadas por miles de oyentes. El honor de la joven periodista había sido puesto en entredicho por un machista y energúmeno de mierda. Eran inevitables los dos bandos, aunque quien más defensores tenía era Susana.

En otro orden de cosas, muchos pensaban que no habría programa. Lo que pocos sabían es que, tras la suspensión de la noche anterior, Evaristo fue hallado semiinconsciente en su despacho. Tras su internamiento en el hospital fue dado de alta sin problemas. Había sufrido una subida de tensión que a punto estuvo de provocarle un serio problema cardiovascular pero le acompañó la suerte, quizás porque bicho malo nunca muere y si muere es porque se ahorca, que diría Cañequé padre. Pese a todo, le habían recomendado una semana de descanso en prevención de alguna recaída, la cual sería peligrosa en grado extremo. Por su parte, Susana sufrió un ataque de histeria que terminó misteriosamente cuando vio que Evaristo era sacado en camilla por varios sanitarios. Luego se fue a casa tras rechazar ser acompañada. Cuando se metió en la cama, más que ganas de llorar sentía impotencia. Sabía que López la estaba manejando como si fuera una marioneta, pero quizás ese era el precio que debía pagar si aspiraba a algo más que ser una vulgar periodista de pueblo o de pequeña ciudad. Si su rampa de lanzamiento era López, bienvenido era. Ya tendría tiempo, si le salían bien las cosas en un futuro, de vengarse de él y de su puta madre.

Llegó la hora. La tensión se palpaba en el ambiente y en todo el personal allí congregado. Numerosos mospintoleños anhelaban el momento en que finalizase la sintonía para ver cómo retornaba su programa favorito tras la tormenta del miércoles. Silencio... estamos en el aire...
—Buenas noches, queridos oyentes. Les habla Susana Crespo, la nueva jefa de deportes de Radio Mospintoles...

* * * * *

Por fin era San Viernes. Don Faustino llevaba media hora aguardando a que le llamaran a consulta. En la espera había tenido tiempo sobrado de recordar que llevaba más de un año detrás de los médicos de la seguridad social para que le diagnosticaran con exactitud el porqué su rodilla le molestaba y le impedía mover la pierna de manera satisfactoria. Se veía imposibilitado para hacer ejercicio físico por culpa de aquellas molestias. A lo sumo, podía nadar pero siempre que tuviese un pull entre las piernas y no las doblase. ¡Se había tragado tantos potingues farmacéuticos sin resultado alguno! Varias radiografías tampoco habían detectado nada, así que tras muchas idas y venidas por la

consulta al fin había conseguido lo que llevaba meses suspirando: una resonancia magnética con la que esperaba saber ¡por fin! qué demonios se escondían en su rodilla izquierda. Algún amigo, experto en dolores y operaciones traumatológicas varias, le había insinuado que podía ser algo de menisco o de cartílago, y que con una resonancia se vería muy claro, pero todos los doctores que le fueron viendo a lo largo del tiempo le habían ido dando largas, quemando etapas, como si a sus años pudiera esperar mucho tiempo.

Por fin le llamaron. Entró más contento que unas castañuelas y salió tras la resonancia con la mosca detrás de la oreja. Mira que si era algo grave... Mira que si le pasaba lo que a Remigio... Entonces se enfadó consigo mismo, se prometió dejar de dar vueltas a aquello y esperar con optimismo. Minutos más tarde volvía a las andadas: «...Mira que la semanita que llevo para mí se queda, y esto va a ser el petardazo final...». Acto seguido reconocía su carácter: «...Pero qué cenizo eres, Fausti», e intentaba volver a encarar la espera de los resultados con serenidad y firmeza. Al cabo de una hora larga, en realidad larguísima, porque casi fue una hora y media, una enfermera le llamó y le dio un gran sobre blanco. Dentro iba la prueba del delito. Ojalá que no pasara de un vulgar susto, se dijo cuando salía por la puerta de la clínica. Miró el reloj y se dio cuenta de que faltaba escasamente una hora para su otra cita importante del día: la consulta que le había agenciado Piquito con el doctor Alexander, un prestigioso traumatólogo de Madrid. Este atendía las lesiones graves de los jugadores del Rayo y de otros equipos y tenía una fama excelente entre ellos. Paró el primer taxi que apareció por la calle y le dio la dirección. Pronto vería el final del túnel de aquella maldita dolencia.

* * * * *

Susana había llegado al lujoso chalé de López, situado en la urbanización Los Saúcos, a eso de las once de la mañana. Al finalizar el programa de la noche anterior, en el que ya ejerció como jefa de deportes de la emisora, López la llamó para felicitarla y la citó para el día siguiente en su casa. “No saldré en todo el día pues el fin de semana tengo que viajar a Berlín”, le dijo, añadiendo que era importante que se viesen porque debían tratar algunos asuntos importantes y firmar el contrato de su nueva situación laboral.

Ahora, mientras López atendía unas llamadas en la planta de arriba, la joven periodista mostraba cierto recelo en la espera. No estaba segura de que le hubiera llamado por las razones dadas. López la desconcertaba. No sabía a qué carta quedarse con el presidente pues siempre acababa sorprendiéndola. Cuando esperaba una llamada suya obtenía la llamada por respuesta. Cuando menos se lo esperaba le enviaba un largo email sobre tal o cual asunto imprevisto. La noche en que Evaristo se pasó cuatro pueblos con ella y todo Mospintoles lo pudo oír en directo, esperó en vano una llamada suya. En cambio, al día siguiente, le despertó el móvil con un escueto mensaje: “Enhorabuena, eres la nueva jefa de deportes de Radio Mospintoles”.

Por todo eso no sabía si hoy la había llamado para tratar algunas cuestiones de la emisora y su nuevo rol profesional o, sencillamente, para echarle un polvo antes de viajar a Alemania. Iba preparada para las dos circunstancias pero lo mismo le salía por peteneras y se la liaba. Cuando estuvo de regreso y se sentó a su lado en el sofá, vio que el semblante era distendido y afable, aunque tampoco acabó de fiarse.

—Perdona la espera, Susana. Basáñez está enfermo y no ha podido terminar los documentos que le solicité. Habrá que esperar unos días. Luego te los pasaré a la firma —mientras que esto oía, Susana no lo dudó: este me ha llamado para jugar al metesaca—. Ganarás el triple de lo que cobrabas hasta ahora y, además, cada mes recibirás un complemento por productividad...

—No sé cómo agradecerte la confianza que has depositado en mí para el nuevo trabajo en la emisora...

—Pues te lo voy a decir muy clarito, Susana. De ahora en adelante, en Radio Mospintoles ya no puedes ir por libre. Ocupas un alto puesto de responsabilidad por lo que deberás consultarme cualquier asunto o información que atañe directamente al Rayo. Así mismo harás llegar a los oyentes todas las cuestiones que interesen al club. La parcela deportiva de Radio Mospintoles está al servicio del Rayo. Estas son las condiciones de tu ascenso y de tu nuevo contrato.

—Intentaré no defraudarte...

—No... intentaré no defraudarte, no. No me defraudarás, Susana. Nos jugamos mucho en la nueva etapa que se avecina, en los próximos años. Estoy convencido de que puedes hacer mucho por mi imagen y la del club y sabré recompensártelo adecuadamente. ¿Te imaginas al Rayo en primera división e incluso participando en la Champions? No, no son imaginaciones mías. Hay varios equipos de ciudades tan modestas como Mospintoles, en España y en Europa, que están disputando la más importante competición del continente. Eres una periodista con olfato para la noticia pero también con olfato para el éxito. Nos serás de gran ayuda. Y si los triunfos llegan puedo hacer que formes parte en el futuro de otros medios de comunicación más prestigiosos y poderosos. ¿Qué me dices?

—Que me parece fantástico y que contigo firmo lo que sea. Y por cierto, ¿qué va a ser de Evaristo?

—Quiero que trabajen para mí los mejores. Tú le das mil vueltas a ese vejstorio. Te lo has merendado ante el micrófono en cuestión de meses. Lo has convertido en una colilla. Aún así seguía teniendo alguna duda sobre ti, pero esta semana la has despejado definitivamente. Mi decisión de que fueses tú quien realizase esa información sensible ha sido acertada y el programa ha sido todo un éxito de público y de ganancias. Nena, tú vales mucho, y por eso debía quitarlo de en medio...

—O sea, que lo has utilizado..., quiero decir, que has creado las condiciones para que saltase por los aires...

—Lo mantendré en la nevera unas cuantas semanas. Primero debe recuperarse física y anímicamente. Luego le buscaré algo en el club hasta que se jubile. No

podía permitir que te insultase y vejase de esa manera. Ya tiene su merecido. Se lo ha ganado a pulso...

—No me lo creo –Susana volvió a insistir, esta vez tocándole cariñosamente los cabellos a López–. Esta cabecita tenía un plan y salió a la perfección. ¿Me equivoco?

—No. Como un mal entrenador, fue incapaz de aguantar la presión que cada día echaba sobre sus espaldas para que controlase lo que decías en antena. Además, la envidia le corroía y de su racismo qué te voy a decir. Estaba obsesionado con que le ibas a quitar el puesto...

—Y sabía que tú me abres de piernas de vez en cuando...

—Ja, ja, ja –la afirmación de Susana hizo estallar en una carcajada a aquel señor tan serio apellidado López y de nombre Melitón–. Me encanta tu sentido del humor...

Entonces Susana se acercó completamente a López. Puso dos dedos en su boca para hacerle ver que estaba más guapo calladito y acto seguido le besó. Lo que ocurrió después en aquel sofá sólo lo saben ellos dos.

* * * * *

—Con que usted es el famoso profesor don Faustino...

—Bueno, Piquito me tiene en demasiada consideración...

—Es verdad. Admira su sabiduría y honradez, virtudes nada comunes hoy día. Ni siquiera en mi profesión... se lo digo con toda franqueza.

—Le habrá contado que llevo más de un año detrás de esto...

—Viéndole cómo coloca el pie izquierdo al andar y lo que Piquito me comentó, tengo para mí que lo suyo es de menisco. Ahora le voy a hacer una exploración de la rodilla y con eso estaremos muy cerca del diagnóstico preciso.

—Y la resonancia, doctor...

—La resonancia me confirmará el diagnóstico.

—¡No me diga! ¡Tanto tiempo para conseguir una y ahora resulta que tampoco es tan necesaria!

—Mire, profesor. Cuando a usted le llega un alumno nuevo, y le mira, y le oye hablar, y le tantea con diversas preguntas, estoy seguro que casi lo tiene calado sin necesidad de someterlo a profundísimos exámenes. ¿O no?

—Efectivamente, doctor. A veces, como escribía Antonio Machado en su libro "Juan de Mairena", me basta ver al padre del niño para saber de qué pie cojea el hijo.

—Pues eso me ocurre a mí, amigo. Venga por aquí y tumbese en la camilla.

Don Faustino obedeció corderilmente. El doctor Alexander le había causado tan buena impresión que sintió no haber hecho caso antes a Piquito cuando le sugirió que debía ponerse en sus manos. Aunque aquella y las posteriores consultas le costaran un ojo de la cara. El doctor le preguntó mil cosas, le trasteó y manipuló las dos rodillas, le hizo adoptar diversas posiciones en las que a veces el dolor le resultaba casi insoportable y en otras no había síntoma alguno.

Por fin le invitó a sentarse y empezó a abrir el sobre de la resonancia.

—Sospecho que tiene usted una rotura degenerativa del menisco interno de la pierna izquierda. Hace poco tuve un caso similar al suyo. Una edad cercana a los sesenta, jugador habitual de tenis dos veces por semana, con dolor en rodilla izquierda postpartido. Siguió jugando hasta agravarse la lesión. Le tuvieron como a usted, dando bandazos un año. Ese dolor en el compartimento interno de la rodilla en pacientes de su edad se ha considerado durante mucho tiempo, y se sigue considerando por muchos doctores no especializados en el área deportiva, como un signo inequívoco de artrosis y no digamos si se acompaña con algún signo radiológico de degeneración articular. En este caso el paciente suele salir de la consulta con diagnóstico de artrosis y un tratamiento a base de regeneradores del cartílago, antiinflamatorios y medicamentos que frenen el avance artrósico. El bosque, como ve, no deja ver el árbol concreto que nos interesa. El menisco, con la edad, también sufre un proceso de envejecimiento y un fuerte traumatismo, una sobrecarga articular, cualquier circunstancias agravante puede hacer que se rompa, aunque la rotura –como en su caso- no sea muy grande.

Aquel sabio de la medicina y las lesiones deportivas sacó del sobre las imágenes de la resonancia. Fue colocando una tras otra en la pantalla iluminada que tenía en la pared y tras observarlas detenidamente se volvió hacia don Faustino.

—Lo que le decía, profesor. Pequeña rotura degenerativa del menisco interno. Es una rotura transversal simple así que estará usted como nuevo en menos que canta un gallo.

Cuando salió de la consulta don Faustino iba dando saltos de alegría. Aunque le esperaba un pequeño viacrucis entre la operación quirúrgica, la convalecencia y la rehabilitación, ese diagnóstico tan certero acababa una situación de angustia, de no saber qué podía tener, de imaginarse las mayores calamidades futuras. ¡Si hasta un día le dio por pensar que acabaría en poco tiempo en una silla de ruedas! Ya en la calle, cogió un taxi y le indicó la dirección del Instituto Fernando Orejuela de Mospintoles. Por el camino llamó a Manolo para comunicarle la buena nueva. A continuación se recostó sobre el asiento y cerró los ojos. Esperaba que Matute hubiera sido eficaz y que en la mismísima puerta del Instituto estuviera esperándole el coche cuyas llaves debía haber dejado en la conserjería. No sabía a dónde iba a pasar el fin de semana, pero sí tenía clara una cosa: no iba a pensar ni medio minuto en nada de lo que había ocurrido en la semana de infarto.